MASTER NEGATIVE
NO. 93-81667-3

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

CASERO Y BARRANCO, ANTONIO

TITLE:

LA MUSA DE LOS MADRILES (POESIAS...

PLACE:

MADRID

DATE:

1914

Master Negative #

93-81687-3

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86C269
L2
Casero y Barranco, Antonio, 1874-
... La musa de los madriles (poesías madrileñas). Prólogo de D. Benito Pérez Galdos, epílogo de Pedro de Répide. Madrid, Saenz de Jubera, 1914.
x, 256 p. 18½ cm.

At head of title: Antonio Casero.

69860

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 8-1-93 INITIALS BE
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

Columbia University
in the City of New York
LIBRARY

Given by
F. H.

LA MUSA DE LOS MADRILES

IMPRENTA LA FACULTAD

Esta obra es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ANTONIO CASERO

La Musa de los Madriles

(POESÍAS MADRILEÑAS)

PRÓLOGO
DE
D. Benito Pérez Galdós

EPÍLOGO
DE
Pedro de Répide

MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10, Campomanes, 10
1914

86L268
L2

Para mi hija Teresa

A las hojas de este libro
les hace falta una flor,
y pensando en ti, me dije:
¿Quién mejor?

Antonio

PRÓLOGO

Al poner mano en este Prefacio para la obra de Antonio Casero *La Musa de los Madriles,* viene á mi memoria el título de un renombrado sainete de D. Ramón de la Cruz, conocido vulgarmente por *La casa de Tócame-Roque: La Petra y la Juana ó el buen casero.* Mi estimadísimo y amable amigo el popular costumbrista, hoy concejal del Ayuntamiento de Madrid, se parece al famoso propietario de la casa de vecindad en que perdona sus alquileres á los inquilinos, y encima los

convida á merienda con música. Muy gustoso le prometí prologar el libro en que resplandece el donaire picaresco del habla plebeya en estos amenos Madriles, y como he tardado más de lo que quise en cumplir mi promesa, el buen Casero me ha perdonado mi lentitud, y viene á mí como ferviente compañero de letras y fatigas, pidiéndome que no desampare su libro ha tiempo terminado en los talleres del diligente impresor Regino Velasco.

La Musa de los Madriles, no necesita de ajenos encomios para que lleguen al público las gracias y los donaires acumulados en estos versos que expresan el fértil ingenio y los donaires del pueblo de Madrid. Los majos y chisperos del donoso D. Ramón, los *payos* que ahora se llaman paletos, los petimetres que ahora se llaman señoritos más ó menos cursis, reviven en las poesías de Antonio Casero,

demostrando la perenne vitalidad de esa Musa de nuestros queridos Madriles. El habla vibrante y desenfadada, se caracteriza hoy como en el pasado siglo por la constante invención de vocablos y modismos. Es un léxico que no tiene fin: las formas de lenguaje desechadas hoy, mañana se sustituyen por otras igualmente audaces y peregrinas. Antonio Casero es el admirable conservador de esta *Academia* del decir plebeyo que al propio tiempo es el sentir penetrante de las clases humildes, cuya donosura alegra la triste existencia de esta heróica Villa.

Ahora felizmente tenemos á Casero en el Ayuntamiento. Mucho esperamos de él en la labor concejil, y por mi parte he de exigirle que ponga en planta lo que me prometió no hace muchos días, y es perseguir hasta lograr su completa destrucción, los letreros en francés y en inglés que

en tiendas y teatruchos deshonran las calles de Madrid.

Con plena conciencia auguro á *La Musa de los Madriles* un gran éxito, y á su autor el lauro y el provecho que merece por su agudo talento y su labor infatigable.

En esta vida durísima que llevamos los que hemos nacido en la tierra de España, no hay más salvación que trabajar sin tregua ni descanso.

B. Pérez Galdós

Enero 20-1914

MI MUSA

Yo no sé cómo es mi musa,
no sé si es rubia ó morena,
yo no sé si es alta ó baja;
sólo sé que es madrileña;
á veces se me figura
que es una mocita de esas,
de las de cuerpo castizo,
de las de cara risueña;
en su decir es alegre,
y con su mirar marea;
lleva pañolón de flores,
y huele á nardo y verbena;
son sus ojos parlanchines,

y es su talle de palmera,
son sus andares graciosos
y es su porte de real hembra.
Otras veces me la veo
en un altar donde reina
allá, por los barrios bajos,
en una ermita pequeña,
y la dicen «La Paloma»,
y es paloma por lo esbelta,
y es paloma por lo blanca,
y es paloma por lo buena;
desde muy niño, mi madre
me enseñó á rezar ante ella;
y es para mí una alegría
el visitarla y quererla,
que habrá pocos madrileños
que á su Paloma no quieran;
por eso, por ser la virgen
más castiza de mi tierra.
Yo no sé si es la Paloma
mi musa, quizá lo sea.
Yo no sé cómo es mi musa,
no sé si es rubia ó morena,
yo sólo sé que me inspira

para mis coplas modestas
algo que es muy madrileño,
algo que á mí me interesa;
Lavapiés y Maravillas,
el Barquillo, las Peñuelas,
los majos de aquellos tiempos,
las majas de aquellas épocas;
los romances de la Cruz
y los sainetes de Vega;
quizá el agua del Cerrillo
influya en tales quimeras,
ó, quizá la del Lozoya,
que es típica, aunque no buena;
serán los ayes flamencos
ó el rasgar de las vihuelas;
será el sonar de organillos
y el ambiente de verbenas,
y el eco de romerías
ó el de frases picarescas;
serán los grupos de gentes
que, sobre el arroyo, esperan,
entre decires y danzas,
al día que ya clarea,
para continuar su lucha

y proseguir sus faenas;
será esa gente que ríe,
que trabaja y que se alegra,
y sabe ocultar sus lágrimas,
y sabe ocultar sus penas;
será el ambiente pesado
de las viciadas viviendas;
quizá el humo de figones,
ó el respirar de tabernas,
ó esos pobres del arroyo
lanzados á la golfemia,
ó esos mocitos de «tufos»,
ó esas mozas pintureras;
qué se yo, pero es el caso
que escribo, y escribo á ciegas,
pensando en no sé qué pienso
que me hace pensar de veras,
y al propio tiempo me anima,
y al propio tiempo me alegra,
y mis coplas serán malas,
no serán mis coplas buenas;
bien haya quien bien las cante.
¡Si yo cantarlas supiera!...
.....

Yo no sé cómo es mi musa,
no sé si es rubia ó morena,
yo no sé si es alta ó baja,
sólo sé que es madrileña.

EL PRIMER JORNAL

Estoy d'alegría
así como loca;
no sé qué me pasa
que estoy mu gozosa;
mi pituso, el chaval que pa Enero
cumplirá trece añitos, ya cobra
d'aprendiz de ebanista un rialillo;
¡un rialillo, señá Telesfora!;
ya es un hombre mi pobre pituso.
Con qué gusto llegó de la obra,
y me dijo con too el requilorio
y el aquel de una grave persona:
—Ahí va, madre, seis días, seis riales;
son pa usté; no se quede usté tonta,
que los ha ganao menda y son suyos;
tómelos, ya tié usté pa la compra.

Sucedió que m'ha dicho el maestro,
que le deben de dir bien las cosas:
«Tú, chaval: anda y dile á tu madre
que dende esta semana ya cobras,
porque vales y tiés amor propio,
y trabajas y tiés güena nota
y t'aplicas; currela y aprende;
no t'ajuntes con malas personas.»
Y el pobre reía
con risa nerviosa,
diciéndome: — Madre,
yo lo gano ahora;
ya se pué dar usté güena vida,
y si padre se pone cogorza
y se gasta el jornal, y los sábados
llega á casa sin *perras*, no importa;
aquí está su pituso hecho un hombre
pa ganarlo pa toos; ya no hay broncas
por si no hay pa pagarle al casero
ú si fían ú no en la tahona;
ahí va, madre; seis días, seis riales;
son pa usté, no se ponga usté tonta,
que los ha ganao menda y son suyos;
tómelos, ya tié usté pa la compra;

y besaba á su hermano el de pecho,
y el chiquito, Dios mío, ¡qué cosas!,
parecía entenderle á su hermano,
y los dos se besaban. Yo, boba
me quedé contemplando á mis hijos.
Dios aprieta, me dije, y no ahoga;
es mu justo que tenga alegrías
la que sufre, señá Telesfora,
y las que da un hijo
son las más hermosas,
son las alegrías
que más emocionan.
Yo cogí el jornalillo en mi mano;
lo besé muchas veces, llorosa;
contemplé á aquel hijito del alma,
y le dije yo así, de esta forma:
—Dios te dé salú y suerte, mi cielo,
pa ganar tus jornales con honra.
¡Ay, qué bien va á saberme, hijo mío,
ese pan que yo lleve á mi boca,
cuando piense que tú lo ganaste
con amor pa que yo me lo coma!
Estoy d'alegría
así como loca;

no sé qué me pasa
que estoy mu gozosa;
mi pituso, el chaval que pa Enero
cumplirá trece añitos, ya cobra
d'aprendiz de ebanista un rialillo.
¡Un rialillo, señá Telesfora!...
Usté que fué madre
y aprecia estas cosas,
¿verdá usté que un hijo
tan güeno da gloria?...

UN «CHALAO»

—Como el que pide limosna
voy detrás de una morena,
suplicándola un poquito
de querer, pa mi alma tétrica,
que sufre por los pedazos
de una moza postinera
que tié porte de sultana
y hechuras se trae de reina.
De Maravillas al Rastro,
y del Rastro á las Peñuelas,
ni ves otra más bonita,
ni más gallarda la encuentras;
no sé qué tié que me chala;
no sé qué tié que marea;
cuando pasa mi morucha
huele á jazmín y á verbena,

y son sus labios de grana
un clavel de rica esencia;
cuando me miran sus ojos
me dicen cosas muy güenas,
porque son mu parlanchines
los ojazos de mi negra,
y es un suspirito suyo
una brisa mañanera,
y perdona si me pongo
romántico hablando de ella;
pero es que me tié chalupe
el querer de mi morena.
Cuando la veo que viene
airosa por la Ribera,
tan repeiná, tan relimpia,
tan gentil, tan recompuesta,
m'acerco y la digo:—Madre:
salú á las mujeres extra;
¿cuándo va á ser ese día,
gitana chirigotera,
que va usté á darle un poquito
de querer á este chaleta?
Miste que lo pide un pobre
traspasao de amor, princesa;

miste que es una limosna;
miste que es una acción güena;
¡un poquitín de cariño,
ya que es tanta su majeza,
pa este pobrecito pobre,
que se lo pide de veras!—
Y ná. La moza me mira
y dice:—Pollo, paciencia.—
Y yo la miro, me callo,
después me meto en la pena,
doy un suspiro profundo,
lo cual que se ríe ella,
no sé si es que le hago gracia
ú si es que se pitorrea;
cruza por la de Toledo;
va por la de la Arganzuela
á la Ronda, y de la Ronda
se mete por la Ribera,
y yo, detrás, voy pisando
por donde antes pisó ella,
pa hacerme la ilusioncilla
de que está de mi mu cerca,
y un día y otro esperando
un querer que nunca llega;

esto es pa que se repudra
el hombre de más paciencia.
Dices que me meta á fraile:
¿pa qué? ¿Pa que te rieras
al verme de capuchino?
Antes ciegues que tal veas;
yo la seguiré queriendo,
porque es mi sino quererla;
yo la seguiré rondando,
y estaré junto á su puerta
pa poder velar su sueño
hasta que el día amanezca
y salga el Sol, que no sale
si no sale mi morena;
como pobre porfiado,
iré detrás de mi hembra
suplicándole un poquito
de querer pa un alma tétrica
que sufre por los pedazos
de una moza postinera
que tié porte de sultana
y hechuras se trae de reina.

¡MALDITO SABADO

(ESCENA DE SAINETE)

Á la puerta de un establecimiento vinícola espera Consuelo, con sus chicos, á su hombre, á Manolo, que al salir del taller la entregó el jornal; el esposo, en compañía de un amigo, recorre las tabernas del barrio y, mientras él bebe, la mujer se repudre á la puerta del templo de Baco, con los chicos. Entra, le llama, paga, y así desde las siete de la tarde, y son las dos de la mañana, según el «cuco» de la churrería de la esquina.

—Sí que tarda vuestro padre.
¡Manolo! ¿sales ú entro?
—Entra, y toma lo que anheles,
reina de Alcorcón.
—No bebo.
—Vamos, tome usté una copa;
no desprecie usté á ese clérigo

que la reza á usté el rosario
cuasi toas las noches.
—Güeno;
más valiera que se fuese
usté ya con la Remedios,
que estará junto á la puerta
esperando á su tormento.
—Oye, dile á tu madame
que cambie de disco.
—Pero,
¿es que no vais á dejarnos
soplar una con sosiego?
Sigue con lo de las frases
que vertistes al maestro.
—Antes pide.
—Danos otras
y di que lo suban fresco,
que ya nos habéis dao tila
y estamos bien de los nervios;
y, tú, salte con los chicos,
que ahora salgo yo.
—Te azvierto
que no estoy pa que me tomes
la trenza.

—Dale recuerdos;
sigue.
—Pos, que va, y me paga;
lo palpo, y digo:—«¿Qué es esto?»
«Veinticuatro *bernabeas*
del amor hermoso.» «Pero
usté no está en sus cabales;
¿es que está usté neurasténico?
Porque aquí faltan seis «veas»
á la lista.» «No te entiendo.»
«Pos no soy polaco.» Tose,
y va y me dice: «Estás fresco...»
—A propósito, y perdona:
oiga usté, señor tasquero,
este caldo está en su punto
pa tomarlo con torreznos;
ahora, si usté s'ha creído
siquiera por un momento
que venimos á las termas,
diga usté lo que debemos,
que á mí no me pone á caldo
ningún guasón.
—Es que ..
—Güeno,

¿qué se debe?
—Cinco riales.
—¿De qué?
—De freir buñuelos;
¿ú es que quié usté beber vino
con Algebra?
—¿Llevas suelto?
—Pues eso es lo que te estaba
contando.
—Espera un momento.
¡Parienta!
—¿Qué se te ofrece?
—Pasa, y escucha.
—No tengo.
—Oye, que la cosa es seria.
—Vamos, anda ya, tormento,
que están los chicos dormíos
y se va á dir el sereno.
—Pasa, si no quies que acabe
la cosa en golpes.
¿Qué es ello?
—Que nos hemos soplao cuatro
de consomé y, el tasquero,
dice que son cinco riales,

y ya me entiendes...
—Mi agüelo:
pos si en vez de estar el vino
caliente, llega á estar fresco,
hay que dejar á los cuatro
niños en prenda: ¡ahí va, cielo!
—Tome usté lo que se debe,
y menos caldo, maestro.
—Pondré pa usté sucursal
en el Polo Norte.
—Eso;
arrea p'alante, y sigue
con la historia del maestro.
—Pos na, que llega, y me paga:
lo palpo, y digo: «¿Qué es esto?»
«Veinticuatro «bernabeas»
del amor hermoso.» Pero...
—Perdona que te interrumpa:
¿quiés que nos den dos de añejo
aquí en ca del «Meliciano»,
que lo tié metido en hielo?
—Oye, tú, ¿pero más copas?
—Escúchame, menumento.
—Anda, y sal pronto, y maldita

sea el primer tabernero;
dende las siete me llevas
detrás de tí como un perro,
y sin cenar, y los chicos
traspasaítos de sueño.
¡Así permítalo Dios
que te sirva de veneno!
. . . . . .
Entra, chico, y dile á padre
que ya viene amaneciendo.
. . . . . .
—¡Padre!
—Pasa, Potenciano;
ahí tiés lo que yo más quiero;
dale un mostachón al chico;
¿y tu madre?
—Está durmiendo
ahí fuera con mis hermanos.
—Venga la espuela, Melecio;
con hablarme de política
y de problemas obreros
no has acabao de contarme
el asunto del maestro;
sigue.

—Pos, que va y me paga;
lo palpo, y digo: «¿Qué es esto?»
«Veinticuatro «bernabeas»
del amor hermoso » Pero...
—¡Manolo!, que ya es de día;
¿es que te sientes flamenco,
ú quies abusar del físico
de tu dama y tus pequeños?
Avisa, pa jubilarte,
porque no te lo consiento.
—Está mu bien; ¿qué se debe?
—Dos pesetas.
—Trae, mi cielo.
—Que abone tu contertulio,
que no se ha gastao ni un céntimo;
camará con el amigo,
toda la noche bebiendo,
y él sin hacer la jarrita.
—Ya tié razón la Consuelo.
—Hombre, si es que no me dejas
acabar mi parlamento;
que en vista de que esta tarde
no me daban mi dinero,
pos le devolví el jornal

malamente á mi maestro,
y estoy que si no me prestas
una «calatí» no almuerzo.
—Podía usté haberlo dicho,
y no habría estao haciendo
el recluta disponible
mi marío.
—Á un compañero
no se le niega la «brinza»;
chitito, que el caso es serio;
paga dos que se le deben
aquí al amigo Melecio,
y dale tres que te sobran
aquí al amigo, y «laus deos»;
esta es mi mano.
—Adiós, chico.
—Hay que ser grande, Consuelo.
—Muy grande; pero mañana,
si Dios quiere, ayunaremos,
y si tú lo nesecitas,
no tendrás un compañero
que se lo quite á los suyos
pa que tú comas; ¡al tiempo!
.....

El marido va delante,
y la madre y los pequeños
van detrás, refunfuñando;
el día va amaneciendo.
«Lavapiés» duerme tranquilo;
sólo se escucha á lo lejos
á una codorniz que canta,
y á un trasnochador flamenco
que va entonando una copla
con estilo y sentimiento.
Manolo va taciturno;
los chicos se van durmiendo,
y la mujer de Manolo
dice, contando el dinero:
—¡Ay qué sábado, Dios mío,
y así todos, santo cielo!

Á MIS MAESTROS (1)

Nunca vióse más honrada
la vihuela del coplero
que hoy, que vibrarán sus cuerdas
en honor de los maestros.
Bien estuvo el artista
con sus buriles
al poner como emblema
de los Madriles
á una chulilla,
á la maja y al majo
y al de gorrilla.
Con estos cuatro tipos
populacheros,
laboraron sainetes
los saineteros

---

(1) Poesía leída cuando se inauguró el monumento á los saineteros.

de gracias miles,
con la sal y pimienta
de los Madriles.
Bajan á la ribera
del Manzanares,
donde se lava ropa
de muchos lares,
de media España
que en Madrid se refugian,
y aun les extraña
que el pobre Manzanares
sea pequeño;
y aunque sus aguas quepan
en un barreño,
¡en su corriente
se lava tanta ropa
de tanta gente!...
Bajan á la ribera,
que hay seguidillas
«pa» las majas y «schotis»
«pa» las chulillas;
es gente honrada,
joven, trabajadora
y enamorada.

Bien estuvo el artista
con sus buriles
al poner como emblema
de los Madriles
á una chulilla,
á la maja y al majo
y al de gorrilla.

. . . . . .

Hoy mi musa está de gala;
le rinde culto á su pueblo
y á los que tan bien cantaron
sus costumbres, y se ha puesto
en su garganta corales,
y claveles en el pecho,
y la cuelgan los madroños
sobre su cutis moreno,
que va vestida de maja,
porque es maja de abolengo.
Hoy, seguidillas manchegas
la pide bailar su cuerpo,
y refrescar sus ardores
con «sangría» quiere presto.
Hoy viene de rompe y rasga,
hoy la musa del coplero,

como una reina en su trono,
llegó en calesa al festejo,
con todos los atavíos
de una manola de mérito;
hoy está más madrileña
al ver á estos madrileños
que en sus sainetes dejaron
el clasicismo de un pueblo.
¡Mocitas de Maravillas,
del Rastro y del Matadero,
mocitas de las Peñuelas,
Morería y San Lorenzo,
gente la de mis Madriles,
simpáticos madrileños,
que lleváis en vuestra cara
la alegría de este pueblo
y el corazón en la mano
y la nobleza en el pecho,
llegad á rendir tributo
al pie de este monumento
que representa la musa
popular! ¡Pónganse ellos
sus más primorosas galas,
y envuelvan ellas sus cuerpos

en el alfombrao castizo
y en el pañolón de flecos
para que, al ir de verbena,
de cuchipanda y jaleo,
no pasen por este grupo
sin dedicar un recuerdo
y frases de gratitud
y de amor, á los que fueron
cantores de su terruño.
¡Y vosotros, forasteros,
que llegáis á los Madriles,
descubríos con respeto,
que este grupo representa
la musa alegre de un pueblo:
este grupo simboliza
lo peculiar madrileño:
nobleza, gracia, heroísmo,
alegría y sentimiento!

. . . . . .

Nunca vióse más honrada
la vihuela del coplero
que hoy, que vibraron sus cuerdas
en honor de mis maestros.

LOS REYES MAGOS

¿Que estoy loco, dices?
Sí, mu loco, Patro;
pero mis chavales
hoy tien Reyes Magos;
ya verás tú á la gente menuda,
sin dormir esta noche, pensando
en los Reyes; mis pobres chavales
tien derecho á poner sus zapatos.
¿Que las cosas están mu medianas
y vivimos no más de milagro,
y por más que cavilas, los jueves
ya comemos el piri fiado,
y los viernes son viernes de moda
pa nosotros, y siglos los sábados,
hasta que á uno le dan la miseria
que uno gana con mucho trabajo,

y así un día, y otro,
y así vengan años?
Es pa repudrirse;
es pa no pensarlo;
pero, nena, por hoy no me quitan,
aunque luego no coma, el gustazo
de poner á ca chico un juguete
y oficiar esta noche de Mago,
que aunque están las guardillas mu altas
también llegan los Reyes, ¡pa chascol
Ya verás cómo gozan los pobres;
ya verás tú, mañana temprano,
al pequeño, y al otro, y al grande,
qué locura, qué risas, qué saltos,
qué contentos mis pobres pitusos,
y ya ves, tres pesetas de gasto;
total, otro día
de comer fiado;
pero mis chavales
tendrán Reyes Magos.
Ya sé yo que vendrá la semana
de Pasión, y el tendero d'abajo
te pondrá las judías d'á quince
á setenta, por mor del fiado,

y además, el dedito en el peso,
que es costumbre, conozco á Potamio;
ya sé yo que el gachó de la esquina
ha de darte pan duro, y pan malo,
porque pa eso te fía libretas,
y además lo dirá por el barrio;
ya lo sé, no me pilla de susto;
ya sé yo que la cosa es pisarnos,
y que la Tomasa
nos dará fiado,
al tres mil por ciento
lo que la pidamos.
Ya sé yo lo que vas á decirme...
pero, mira, perdóname, Patro,
me metí el jornalillo en el bolso,
y ¡por estas!, dispuesto á entregártelo;
pero al ver á otros padres que hoy llevan
á sus hijos amor y regalos,
yo me dije: «también pa los míos
tengo yo unas *perrillas*, ¡qué diablos!»
Y en el tenderete
que tié Policarpo,
por doce rialillos
compré tres caballos.

Y no es eso, morena, lo triste,
y no es eso, chiquilla, lo malo;
lo peor es que allí, junto al puesto
de juguetes que tié Policarpo,
había dos niños,
los dos enlutados,
con cara de pena
los pobres mirando;
resultó que eran dos huerfanitos,
y me entró así una cosa que, vamos,
m'acordé que á los míos mañana,
pué pasarles, chiquilla, otro tanto,
y que ná, que lloré como un pipi
y creyeron que estaba borracho
dos señoras; cogí á los chiquillos,
los dí un beso y los dije: «Muchachos:
¿qué queréis? ¿Qué sus gusta? Decirme.»
Y, ¡angelitos!, los dos me miraron;
en sus caras se vió la alegría,
y los hice también un regalo
pues como á los míos
compré dos caballos,
y fuéronse alegres,
corriendo y saltando.

. . . . . .

Ahora, ahí tiés el jornal, que no llega
ni pa na; pero, créeme, Patro,
que esta noche yo duermo á mi gusto,
porque he sido, aunque pobre, Rey Mago
de esas dos criaturas sin padres,
y eso es noble, y es dizno, y es santo,
y aunque nos quitemos
de lo que comamos,
esta noche podrán nuestros hijos
poner sus zapatos.

¡HASTA LOS GATOS!...

Eranse dos morrongos
enamorados;
él era un *tempranillo*
de los tejados;
ella, orgullosa,
en su *ladrón* pensaba
muy amorosa.
Ella no encontró gato
de más valía,
porque en él adoraba
y en él creía,
y él, arrogante,
se presentaba ante ella
con un desplante.
Sucedió que una noche
de un mes de Enero

la preguntó: —¿Me quieres?
—¡Sí que te quiero!—
dijo la gata,
y al punto se casaron
sin serenata,
ni páter ni latines,
deudos ni amigos
y sin más padrinazgo
ni más testigos,
por su fortuna,
que unas cuantas estrellas
y *doña* Luna.
Vivieron muchos años
muy venturosos;
ella y él se creían
los más dichosos,
¡siempre juntitos!,
y tuvieron, es claro,
muchos gatitos...
Ella fué buena madre
y él los quería;
allí se respiraba
paz y alegría;
¡pero otra gata

se propuso una noche
meter la pata!
Pasó por el tejado;
la vió el morrongo,
que á juzgar por los hechos
era un candongo,
¡y, amigo mío,
por aquella bribona
perdió el *sentío!*
¡Ya el gato de su gata
se fué cansando,
y por la tal morronga
la fué olvidando,
y resignada,
sigue por sus *cachitos*
enamorada!
¡Aun espera que vuelva;
pero el ingrato
no la quiere, y con otras
la da de gato
chulo y marchoso,
y se siente con ellas
fino y rumboso!
El se relame y triunfa,

y ella, angustiada,
vive la pobre sola
y abandonada,
¡y sin *cordilla*
que llevarse á la boca
la pobrecilla!...

. . . . . .

Ya les ocurre á muchos
lo que al minino,
pues yo, sin ir más lejos,
tengo un vecino
con seis chavales,
y por suerte una esposa
de las cabales,
¡y aun tiene una querida!...
¿No es una pena
que se tome una mala
por una buena?

. . . . . .

¡Hasta los gatos,
según el refrán dice,
quieren zapatos!

POLVORA EN SALVAS

—Oye, mascarita, oye:
ven acá, ¿por qué no bailas?
¿por qué no luces tu cuerpo
como lo hacen otras máscaras?
¿por qué no das en la polka
los saltitos de ordenanza,
y por qué en las habaneras
no luces con arrogancia
esas hechuras ladronas
y esa carita gitana?
¿Por qué estás triste, morena,
si es que morena es tu cara?
¿Qué tienes tú? ¿qué te aflige?
¿qué te ocurre? ¿qué te pasa?
¿Son quereres? ¿son achares?
¿son celos? Contesta, habla;

dime pronto, mascarita,
¿por qué afligida te hallas?;
¿por qué con el antifaz
ocultas, niña, tus lágrimas?;
dime tú, ¿por qué estás triste?;
dime, ¿por qué acongojada?;
que á eso he venido yo al baile,
á alegrarte con mi charla,
á mirarte con mis ojos,
á quererte con mi alma,
á bailar con tu persona
una tanda y otra tanda,
á que tu boca me diga
lo que tus ojos delatan;
á quererte, á que me quieras,
á eso he venido yo, chata;
tuna de mis ilusiones,
¿por qué de tuna disfrazas
ese cuerpo mitológico,
honra de la madre patria?
¡Qué bien te cae el manteo!
¡qué bien te cae la cuchara!
Eres una tuna, en toda
la extensión de la palabra.

Vamos, ven, estudiantilla
graciosa de Salamanca:
cuélgate ya de mi brazo,
que, aunque no voy á las aulas
—pues soy un modesto artista,—
sé la gramática parda
y conjugo el verbo amar
sin dejarme una palabra;
ven á presumir conmigo,
ven á mi vera, serrana,
pa que nos diga la gente
con envidia y extasiada:
—¡Olé las calcomanías
y las parejas barbianas!
¿Oyes? Ya prencipia el baile,
y es una habanera; ¡arza!
y verás una habanera
bien ceñida y bien bailada,
tres movimientos melosos,
otras tres vueltas con gracia,
y un vaivén, y otro vaivén,
y compás, y estilo y... anda,
que ca nota que se pierde
es un mundo que se pasa.

Vamos, mascarita, vamos,
anímate pronto, baila,
que el baile alegra la vida
y enloquece y entusiasma.
—Perdóneme el pollo, pero. .
soy una mujer honrada
que ha cumplido los sesenta
y que viene aquí de máscara
porque el ladrón de mi yerno
ha dejao á mi hija en casa
pa venirse aquí con una
cocú de la serie cuarta,
y vengo con el objeto
de hacerle un chichón.
—¡Agarra!
—Conque... dispénseme el pollo
y pire pa la cabaña,
y búsquese una mocita
y deje en paz á una anciana
que está llenita de años
como llenita de rabia.
—¡Usté perdone, señora,
yo no he tratao de faltarla!
—¡Ave María Purísima!

Lo que siento es que yo haiga
llegao á comer las sopas
caldositas; si no, ¡pata!
usté dice... lo que dice.
yo me distraigo unas miajas,
la orquesta toca una polka,
yo la bailo, usté la baila,
y, en fin, pollo, que lo siento
muchísimo, qué caramba...
—¡Mi intención era muy buena!
—¡Hijo, con la intención basta!

LA ETERNA MASCARA

Yo soy el tío
del ¡Al higuí,
con la mano no,
con la boca sí!

—

Y danzan los golfos,
y saltan los diablos,
y las destrozonas
con pingos y trapos,
los niños llorones,
pierrots y payasos;
los unos, empujan;
los otros, dan saltos;
y el «socio», cubierto
de esteras y sacos,

camina con pausa,
camina despacio,
y de esta manera
dice á los muchachos
que quieren la *guita*
coger con las manos:

Yo soy el tío
del ¡Al higuí,
con la mano no,
con la boca sí!

—

La gente se ríe;
los chicos, sudando,
prosiguen su marcha;
ya van fatigados,
ya van aburridos,
les rinde el cansancio.
Aun brincan y danzan;
aun, con entusiasmo,
entre el vocerío,
siguen con sus saltos;
pero, ya no pueden,
ya no tienen ánimos,

les faltan las fuerzas,
y al tender su mano,
con risa burlona
díceles el zángano:

Yo soy el tío
del ¡Al higuí,
con la mano no,
con la boca sí!

—

Y pasan los días,
y pasan los años,
y siempre lo mismo,
riendo y saltando,
en pos de la máscara,
y, al fin, nos cansamos,
y grandes y chicos,
y golfos y diablos,
y las destrozonas
con pingos y trapos,
los niños llorones,
pierrots y payasos,
caemos rendidos
sin poder lograrlo.

Y, adiós, ilusiones,
y, adiós, entusiasmos,
pues, cuando queremos
coger con la mano
la *guita* que á todos
nos hace ir brincando,
el mundo, lo mismo
que aquel mamarracho,
nos dice, riendo,
con guasa y sarcasmo:
Yo soy el tío
del ¡Al higuí,
con la mano no,
con la boca sí!

EL PRIMER REQUIEBRO

—Madre; m'ha mirao el muchacho
del señor Manolo, *el Trueno,*
y m'ha dicho...
—¿Qué t'ha dicho?
—Capullito trempanero
de Jericó.
—¿Jeri... qué?...
—Me paece que dijo eso.
—¡Haberle enseñao el plano
de Madrid á ese mastuerzo
pa que tomase otro rumbo,
porque por ahí va derecho
al chichón! ¡Miste el monópolis,
va á la pesca de cangrejos,
y no sabe entodavía
partir pan, y mucho menos

ganarlo! ¿Qué más te dijo?
—No, señora; na más que eso;
¡ah!, sí; que paecía chufla
que de un simple zapatero
y una mujer que es la estampa
de lo insípido...
—¡Su agüelo!
—Hubiá salío una hija
que era cuasi un monumento
nacional.
—Pos mira, dile,
si le ves á ese murciélago
que si aprecia las poquitas
narices que tié de perro
buldogo, que no te hable
ni te suelte chicoleos,
porque si á mí se me inflama
el moño, pue que ese feto
tenga que rascar un rato;
¿te enteras bien?
—Ya me entero.
—Tú á tu obrador, y ni pío,
y si algún pelmazo de esos
sale con marchoserías,

cruzas la calle y *laus deo*,
porque á los hombres les cuesta
mu poco soltar requiebros;
á veces en dos palabras
que un hombre nos dice á tiempo
una se enreda, y ni en broma
se deshace ya el enredo.
Yo le conocí á tu padre
un atardecer de invierno:
venía yo por la ronda,
y al llegar al matadero
va y me para, y va y me dice:
«¡Vaya con Dios lo moreno!
¿Quie usté venirse á mi casa
de *chubesqui?*» Lo confieso:
yo me reí; claro, el hombre
prosiguió, y me dijo luego:
«¡Vaya un par de íogaratas
que tie usté por ojos, cielo;
es usté la primer moza
p'hacerle frente al invierno.»
¿Ves qué tontería? Pues
allí fueron mis tormentos,
sucedió lo que tenía

que suceder después de eso.
¡Que sí! ¡Que no! ¡Que mañana!
¡Que pasao! ¡Que ahora! ¡Que luego!
Total: que á los quince meses
naciste tú, y hubo aquello
de decir después tu padre,
cuando le llegó al chaleco
y hubo de rascarse el bolso:
«¡Ay, amor, cómo m'has puesto!»
Créeme á mí: no hagas caso
de palabras ni floreos;
aun eres mu jovencita,
p'al caso te sobra tiempo;
tú á lo tuyo, á tu costura,
y cuando llegue el momento
de querer, quiere de veras;
mas hoy no hagas caso de esos
que con chirigotas tratan
de hacer tragar el anzuelo
á una pobre criatura,
á un capullo trempanero,
como te llamó el muchacho
del señor Manolo, *el Trueno*.

¡LA VIDA ES CORTA!

Vamos, anda, Gertrudis,
trae la vihuela,
y avisa á la Milagros
y á la Manuela,
y al marido de Carmen
la fiadora,
y á la señá Potamia
la peinaora,
y dila que te atuse
tus cuatro pelos
y te haga filigranas
en los *agüelos*,
y que te dé mejunjes
y te eche quina,
y te cargue la mano
de bandolina,

pa que diga la gente
mermuraora
que hoy va peiná mi curra
de peinaora;
alégrate esa cara
verás, chiquilla,
qué domingo pasamos
en la Bombilla;
¿que dicen que si semos...?
¡qué nos importa!
¡Duro, y á divertirse,
la vida es corta!
y abundan, que es un gusto
las pulmonías,
y hay crímenes y robos
todos los días.
¿Que ayer murió Fulano?
¿Que la Mengana
tié una *sindineritis*
que despampana?
¿Y á nosotros, morena,
qué nos importa
este pícaro mundo?
¡la vida es corta!

y pa cuatro cochinos
días de vida,
hay que pasarla á sorbos
y divertida,
que con salú y trabajo,
vino y mujeres
tiés resuelto el problema
de los placeres.
Conque quítate pronto
los cuatro pingos,
y ponte la ropita
de los domingos;
el mantón de borrego
que tié más lana
que Juanillo, el esposo
de la Bibiana;
ponte esas ropas buenas
que dan el opio
pa que vean las gentes
que hay amor propio,
y presume á tus anchas
y sin cumplidos,
que la vida está llena
de presumidos.

«EL TUESTEN»

—Hazme un poquito de tila,
que me ties como un ginasta
de esos que se vuelven locos
saltando.
—¿Pos qué te pasa?
—Na, que me dijo Pelayo,
el de la señá Librada,
que se le estaban pudriendo
siete pesetas en plata,
y que le había dao cita
á un conejo con patatas
allá en los Cuatro Caminos,
en el *restaurán* del Cabra,
y yo, que pa los conejos
soy talmente uno de caza,
perro de, le dije, digo:

te acompaño á la garata
con el conque de que digas,
si pue ser, cuál es la causa
de este despilfarro c'haces
con un amigo del alma;
lo cual que me dijo, dice:
«Tadeo: cosas que pasan;
hoy celebro yo contigo
no más mi fiesta «omoplástica»
porque cumplo los cuarenta
y me pide el cuerpo danza,
y quiero yo despedirme
de la juventud con gracia;
con que vente tú de *Chuti*
de este Tenorio con asma,
y vámonos á los *Catre*
Cheminos, que nos aguardan
unas *chullas* de cordero
y un *conicus* con patatas.»
Yo, claro, me puse tonto
pa que el hombre me rogara,
y me rogó siete veces;
pero si llega á la octava
pa mí que me quedo haciendo

solitarios en mi casa.
—Al hecho.
—Chica, ¡el delirio!
El hecho es de los que aplanan;
que comimos, que soplemos,
que hubo café con cazalla,
y que dijo el del piano:
«¡Ahí va polka pa las masas!»
Y que salen las parejas
á derrochar feligranas,
con salto va y salto viene,
ellas llevando en la cara
la primez de las panolis,
y ellos, á cierta distancia,
con la sonrisa del pipi
y la *tete* ladeada;
dos pasos p'Andalucía,
otros dos p'al Guadarrama,
y una vuelta, y otra vuelta...
—¡Ay, hijo, ni una carraca!
—Total, que me quedé atónito
y que cogí á una muchacha,
galanamente, y la dije:
«Diga usté: ¿cómo se llama

ese bailecito?

—«El tuesten»
me repuso la chavala,
y yo la dije: «Querube»,
y perdona tú, sultana,
¿y no les da á ustés vergüenza,
llevando Madrid la palma
del agarrao, dir por bailes
al extranjero? ¡Tie gracia!
¿Es que no hay aquí un ceñido,
que el gacholi que lo baila
parece que va bordando
con los pies? ¿Y es que no hay salsa
ya en mi pueblo pa marcarse
un *schotís* con elegancia
y una habanera tranquila,
meciéndose con la dama?
Eso es arrope, y no «el tuesten»;
hay que delinquir, chavala,
y bailar lo madrileño,
y no esas polkas románticas».
Y pa alivio de mis penas,
y tranquilidad del alma,
busco á Pelayo, y Pelayo

se fugó con una chata,
y con las siete pesetas,
y yo, hablando á la muchacha
de la edaz antigua, y viendo
al camarero, que estaba
finalizando la cuenta
del conejo y las patatas,
y el delirio, porque, chica,
tuve que pedir prestadas
á un conocido diez *plumas*.
—¿Pero pa volver á dárselas?
—So pena que me las saquen
del cuero con una estaca.
—¿Y Pelayo?
—En Covadonga.
—¿Y tu vergüenza?
—En Arabia.
No me mires, que me atonto;
no me riñas, que me matas;
con «el tuesten» y el amigo
estoy que, si no te apiadas
y me das tila, me muero.
—Pos, hijo mío, ya tardas.

LOS CALZONES DEL CHAVAL

A mi querido amigo el ilustre escultor
Lorenzo Coullaut Valera.

Está Pepe *el Rosca,*
y está la Milagro,
que bailan de gozo
porque su muchacho
cumple doce abriles,
y pa celebrarlo
hoy ponen al chico
pantalones largos.
Hay que ver al chaval hecho un hombre;
anda recio y bracea con garbo,
y su padre y su madre le miran
y le abrazan y dicen: —¡Dios santo,
si parece mentira que sea
este mozo el mocete de antaño;
si parece que está más crecío
y hasta ya da vergüenza besarlo!...

¡Jesús, como pasan
los pícaros años;
si nos hacen viejos;
mia qué renacuajo
y qué bien le sientan
los calzones largos!—
Las vecinas, que salen á verle,
y al cruzar el chaval por el patio,
le jalean, le aplauden y gritan:
—¡Olé ya por los cuerpos serranos!
—¡Dios bendiga á los mozos de rumbo!
—¿Vas por novia por un por si acaso?
Porque aquí tengo yo una morucha
que también la he vestío de largo.—
Y el chico camina
más serio que un ajo,
y el padre y la madre,
detrás del muchacho,
sonríen al verle
tan serio y tan guapo.
Van en ca del agüelo Faustino,
que no sabe palabra del caso,
y le quieren largar la sospresa,
y suben, y llaman, y sale el anciano,

que, al ver á su nieto, va y dice: —¡Repuño!
¿quién es este señor tan reguapo?...—
Y le coge, y le abraza, y le besa,
y el pobre agüelete llora de entusiasmo,
y vuelve á cogerlo,
y vuelve á besarlo,
y quie convencerse,
y de arriba abajo
contempla al chiquillo
y dice, cambiando
de tono, al mocete, que escucha al agüelo,
y al padre y la madre, que están extasiados:
—Hijo mío: hoy te visten de hombre
siendo niño; no sabes lo amargo
y difícil del trance, mi vida,
que, aunque á broma, mi bien, lo tomamos,
tú no sabes lo serio, hijo mío,
que es el dar en el mundo ese paso.
Muchas veces, hijito del alma,
os vestimos, alegres, de largo,
y después de algún tiempo decimos,
al mirar que no vais caminando
por el mundo por güenos senderos:
¡Quién pudiera volver á otros años!

¡Quién pudiera vestirle de niño
al que de hombre vestí, cielo santo!

. . . . . .

Y basta de penas
y sermones rancios;
toma, pa que invites
á toos, y cuidado
á quienes invitas,
que hay amigos malos...
¡Jesús cómo pasan
los pícaros años;
si nos hacen viejos;
mia este renacuajo,
y qué bien le sientan
los calzones largos!...

A LA PUERTA DE LA IGLESIA

¡La palma! ¡La palma!

—De parte de don Canuto,
que está el hombre predicando
y que pa qué tantas voces,
que no hay que armar ese escándalo
pa vender, total, dos palmas,
que no valen dos ochavos.
—Oye: dile al señor cura
que «ora pro nobis» monago.
—¡Sí son ustés chungoníficas!
—Hijo, no la des de párroco;
que eres la última palabra
del clero.
—Güeno, sí; largo.
—Pero oye, tú, «chupacirios»:

¿es por casual c'has tomao
la sotana por el Código
civil vigente, muchacho?
Porque no es pa que presumas
d'Alanís en ese cargo;
¡ni que fueras el obispo
d'Alcobendas: no es pa tanto!
Y más vale que te cuides
de no dejar tiritando
el cepillo de las ánimas,
que le ties aniquilao.
—Mire usted bien lo que dice,
porque me está usted faltando.
—Calla, niño; si hasta mojas
pan, y lo sabe too el barrio,
en la lámpara d'aceite
que alumbra á San Cayetano.
—¿Es envidia?
—Dios me libre;
y como sigas mojando,
vas á parecer un queso
manchego en aceite.
—Callo
porque no quiero que digan

que no respeto estos trapos.
—Anda que te guisen, niño,
ú que te pongan á caldo.
¡La palma! ¡Quién quie la palma!
¡Fresquita, rizá y con lazos!
¡Miste que la doy de balde,
por derribo, aprovecharsos!...
—Que la digo á usté que menos
voces.
—Querido monago:
pa mí que recibes palmas,
ovación y oreja; vamos,
que vas á llevar más bultos
en la cabeza, muchacho,
que el furgón de cola, ¿sabes?
—Pa mí que usté lo ha soñao.
—Huye, no te pongas tonto,
porque miá que te levanto
una mitra en la cabeza
de un capón que te dé.
—Claro,
no hay más que levantar mitras,
y yo en su lugar descanso;
usté se marcha en seguida

de la puerta, porque vamos,
porque á mí me da la gana,
y ya me estoy chamuscando.
—Mira, niño; si te pongo
en esa cara la mano,
te va á confundir tu madre
con el coco.
—¡Menos caldo!...
—¡Toma, por morral!
—¡Señora!
—¡Toma, por mal educao!
—¡Que me la quiten!... ¡Socorro!...
. . . . . .
Voces y gritos; el párroco,
que sale muy descompuesto;
la gente que oye el escándalo
cree que hay motín, y gritan,
y se atropellan; ¡el caos!;
y, mientras, la vendedora
continúa pregonando:
—¡La palma! ¡Quién quie la palma
fresquita, rizá y con lazos!...

UN CONSEJO

M'haces de reir, Gonzalo.
¿Con que t'ha dicho la Blasa
que de aquello «m'alegrito
de verte güeno?» ¡Qué dama!
¿Y eres tú el que presumías
y eres tú el que propalabas
que esa «Caliope» pa tiquis
era un refresco de zarza,
y que la melancolía
por tu querer la mataba,
y que tuya ó de un convento
de carmelitas descalzas?...
Chico: eres más «infiliche»
que una torrija; me extraña
que un hombre que ha visto el mundo
con la gramática parda

se quede en el verbo amar
á la altura de una mata
de perejil; quita, pipi,
«pastirolindi». ¿No chanas
que esa moza no se peina
pa que la despeine un raspa
del tenor de tu silueta?
¿No sabes, paloma cándida,
que á esa la endulza la vida
Pepe «el Flato», que es la gala
del barrio de Embajadores
y el postinero más caña
que peina tufos, so lila?...
¿No sabes que esa azafata
es de las que taconean
con retintín cuando andan
y es de las de «vaya cardo»,
«sipi», «nopi» y «aca...baca»
y se trae charramanduscas,
bureos y camelancias
en bote pa los amigos
y conocidos del alma?...
Pos si te sabes too esto
mucho mejor que el Ripalda,

y si sabes que esa joven
es así dende su infancia,
y que es la primer cobera
y pamplinosa del mapa,
¿á qué la das paripé
y la rondas su ventana,
y sales á sus encuentros,
y la sigues y la charlas,
y si la miras t'atontas
y si te mira t'ablandas?...
Oye bien lo que te digo
y hazlo sin decir palabra,
con aplomo, con cordura,
con dignidad y con guasa:
cuando la veas que viene
te escurres como un lilanga,
toses con aire de zumba,
ó chungonamente, y pasas
con andar jacarandoso
por delante de la dama,
dando chupás al cigarro
y sin emitir palabra,
y si acaso te interpela,
que te interpele; con pausa

la dices: «Si Pepe «el Flato»
es el hombre de tus ansias,
es la mujer de las mías
la diosa Cibeles, chacha;
tú, por tu vereda, y mangue,
por la mía, y santas pascuas,
y ahí te dejo con tu «Flato»;
de salú te sirva, Blasa.»

MODELO DE FAMILA

¿Que soy feliz y vivo como nadie,
y en el barrio me tién la mar de envidia
y dicen:—¡Qué bien marcha la Fulana
y qué suerte ha tenío la maldita!—?
Será verda; pero ca cual, Liboria,
tié en su cuerpo la bilis repartía,
y, sobre too, ¿pa qué contar á nadie
lo que nadie te pué remediar, chica?
¿Que yo paso lo mío con el mío?
Pos qué se le va á hacer, tragar cordilla;
ahora, que pues decir cuando se tercie
hablar de mí con cualisquier vecina:
—Esa tié las cuarenta y diez de monte;
esa pobre mujer es una vítima—:
y, oye, pa que te vayas enterando
de que la vecindaz no esta en la fija

al decir que he tenío la fortuna
de tener un hogar que es la delicia.
Mi marido se pasa la existencia
envidando á la grande y á la chica
en la taberna que el señor Niceto
tie más abajo de la Fuentecilla;
mi suegra, con el conque de las canas,
come y bebe á placer, y no da linda
puntá, ni lava un pingo pa un remedio;
mi chico, con su novia, en «La Tulipa»,
salón de baile con opción á copa
p'al que marque un «shotís» con más pupila
mi nena la mayor, con un pedazo
de novio que ahora tié, que es una ruina,
no se gasta un «botón» ni pa su agüela,
y fuma, cuando fuma, de colillas;
miate tú si será roñoso el chico,
que pa ahorrarse palabras t'habla en mímica;
la otra menor, con otro que es un raspa,
que la tié amilaná con sus pamplinas,
y á la hora de arrancarse por derecho
ese se hace el idiota y se las guilla;
el menor, golfeando por la calle
con otros golfos más, y el de mantillas,

pidiendo «chocolate» á todas horas,
que me tié de chupar hecha una espina;
el gato, con la gata de la Pepa;
el perro, con la perra de la Emilia;
la vergüenza, por ahí de veraneo;
los ingleses, guardando las esquinas;
el respeto á los padres, en la Arabia;
el ejemplo á los hijos, en la India,
y yo, venga lavar y zurcir ropa,
y arreglando la casa hecha una prima,
pa que luego los hijos y el esposo
me traten á patás; ¡esta es la vida!...
Ahora di por favor, y con franqueza,
si esto no es un modelo de familias;
pos ya lo ves, no falta por el barrio
quien á pesar de too me tenga envidia.

EL AMOR Y EL ESTROPAJO

—¡Mi marido no me quiere!
—Claro, mujer; si le llevas
que paece que le has comprao
en un saldo.
—Señá Usebia,
usté dirá...
—Ya está dicho
y no te me pongas fétida
ni se te suba la sangre
á la boardilla, gacela;
la mujer que á su marido
ni le zurce ni le friega,
no tie derecho á que el hombre
la dedique una terneza,
y lo propio pasa en Pinto;
déjame á mí de pamemas,

y de que si no te quiere,
y de que si te desprecia;
natural, señor; tú dime
qué hace un hombre que le llevas
que donde no hay una mancha
hay un descosido.
—¡Arrea!
Sí que es una cedulita
la que me hace usté.
—¡Tú oserva
la blusa de tu marío
y fíjate bien en ella,
y si es que no palideces
de rubor no ties vergüenza.
—¿Y qué tie que ver la blusa
con que el mío no me quiera?
—Vamos, anda d'ahí, por algo
te llaman la *cenicienta*.
—Pa mí que está usté faltándome.
—¡Ah! ¿Pero es que te molestas?
—Ca; no señora. Da cólico.
—Hija: sí que ties correa.
—¡Ah! ¿Pero es que usté quería,
por casual, que á mí me diera

un soponcio de resultas
de ese sermón de cuaresma
que me está usté dedicando?...
Vamos, por Dios; usté sueña.
A usté, cuando la pregunten.
—Entonces, ¿de qué te quejas?
—De que no me quiere el mío,
y usté, por toda respuesta,
se sale por estropajos;
mia tú, como si estuviera
relacionao el cariño
con el ramo de limpiezas;
una cosa es la lejía
y otra el querer, señá Usebia;
hay que tener pupilaje
pa resolver los problemas.
—A mí, como si le rifas
á cinco la papeleta;
ahora, lo que yo te digo
es lo que te digo, prenda;
que tie que llegar un día,
y no está larga la fecha,
que le limpies las narices
con *Sidol*, y que da pena

que un hombre, como es el tuyo,
joven, talmente parezca
que está oxidao; y ahí va el resto:
que si tú quies que te quiera,
cósele bien los zurcidos,
y lávale bien las prendas,
y ponle, cuando le pongas
el cocido, sin melenas;
con agua se los atrae,
con agua se los camela;
ten tu casita y tu ropa
más limpias que una patena;
estate siempre peinada,
y estate siempre compuesta,
y trátale con cariño,
y verás qué diferencia;
tu casa va á ser la gloria.
—¿Qué me dice usté?
—¡Por estas!
—Tie usté razón; pero, vamos,
sufro mucho, señá Usebia;
mi marido no me quiere,
mi marido me desprecia,
¡mi marido tie querida!...

—¿Qué querida quies que tenga
con ocho riales que gana
de jornal?
—¡Y manos puercas!
—En eso estamos de acuerdo
hace ya más de hora y media;
con que, ya sabes, si quieres
que tu marío te quiera,
dale á la aguja y al agua,
y verás qué bien le llevas;
no olvides lo que te digo.
—Y siempre lo tendré en cuenta:
el amor y el estropajo
dende hoy han de ser mi lema.

RECONCILIACION

—Ni tú te lavas la cara
con el agua del *Cerrillo*,
ni tú llevas los tacones
de las botas en su sitio;
tú eres una farolera
que, porque ties buen palmito,
te la das de emperadora
de Lavapiés; mira, Sinfo,
no ties la culpa; la culpa
la tié un servidor, por primo
y por decir que tu cara
era cosa de Murillo;
¡mia tú que con las mocitas
buenas que hay en el distrito
irme yo á fijar, so *longui*,
en el aquel de tu físico!

—Sí, que tú eres un apunte
del Greco; ¡mia con el mico,
que tie la cara hecha á golpes
y presume de bonito!
—Pero soy marchoso.
—De eso
habría que hablar, Camilo.
—No te ocupes, reina Alicia,
ese es un hecho verídico.
—Como que te bautizaron
de balde, por lo bonito.
—Toma lo que quieras.
—Gracias.
—No pue ser; lo que es contigo,
ni al valle de Andorra en auto.
—Bueno, ya sabes, lo dicho,
puedes dirte, que hay galerna.
—¿Me despides?
—Te despido,
—¡Ni que fuera una criada
golosa!
—Justo, lo mismo;
pero hay veintisiete leguas
entre tu genio y el mío,

y no es cosa de casarse
una con un Otelito,
porque tú eres más celoso
que un moro viejo.
—Te miro
y pa mí que te apabullo
las de oler.
—¡Qué miedo, chico!
¿Dónde es el fuego?
—¡En Uropa!
—Bueno; aliviando, don Tito,
que hay tufo.
—¡Paece mentira
de que yo sea aquel primo
que te pidió relaciones
hace dos años y pico
un lunes tomando el fresco
allá en los Cuatro Caminos
con tu idolatrada madre,
Dios la dé lo suyo, Sinfo!
—Oye: á mi madre la dejas
reposar.
—Chica, ni pío;
no te la arrugo; la puedes

mandar memorias.
—¡Te digo
que no faltes á mi madre!
—Ay, mujer, ¿quies un recibo?
—Que te marches y no vuelvas
á venir por el distrito,
que hay epidemia.
—Me marcho;
¡ties por corazón un higo!
—Y tú una lenteja.
—Puede;
¡qué lástima de cariño
que he malgastao á tu vera
dos años!
—¡Lo siento, hijo!
—Bueno, adiós.
—¡Oye!
—¿Qué?
—¡Nada!
salú.
—Hasta el día del juicio.
—¿Me prestas una cerilla?
—Ya lo creo; toma cinco,
¿no será pa envenenarte?

—¡Dios me libre! Te la pido
pa alumbrarme la escalera.
—¿Es que ties miedo?
—¡Muchismo!
—Una cosa es que nosotros
haigamos, por na, reñío,
y otra cosa es que si quieres
te acompañe.
—¡Te da hipo!
—Es que como toas las noches
te acompaño, me permito
hacerte este ofrecimiento
por última vez.
—¡Qué fino!
Lo acepto por ser la última
¡pero mucho cuidadito!...
—Pues arzando.
—Pues arzando;
enciende.
—Ya voy.
—Con tino
no se te apague.
—¡Anda leñe!
Pues no tengo más que cinco

y ya van cuatro apagadas,
y ésta es la última...
—¡Dios mío!
También se apagó...
—Es el aire;
pero no importa, es lo mismo,
agárrate á mí.
—Voy.
—Anda.
—¡No pellizques!
—¡No pellizco!
—Vé despacio.
—¿Más despacio?
—Con cuidao...
—Con cuidadito...
¿Y ahora, quieres que me vaya?
—No harías eso conmigo,
¡dejarme sola, y á oscuras!
—¿Lo ves tú cómo está escrito
de que *mimén* sea el guía
que lleves en tu camino?...
—Ya lo veo, pero guarda
tu manita en el bolsillo,
no se constipe; ¡canario,

que m'haces cosquillas!
—Sinfo,
¿me quieres?
—Cállate y sube.
—¡Dímelo!
—¡No te lo digo!
—¿Me vas á dar la propina?
—No llevo ni un *perro chico*.
—Pero llevas una boca
que es un clavel.
—¡Ay, Camilo,
ten formalidaz!
—No puedo.
¿Me vas á querer?
—¡Muchismo.
—¡Te comía!
—¡Por Dios, hombre!...
—¿Qué pasa?
—Que m'has mordío
en el meñique!...
—Lo siento...
—¡Y ahora en el brazo; pero, hijo,
con esto de las tinieblas
se t'ha abierto el apetito!

La suerte es que está mi cuarto
en el *pral*, porque si vivo
en la boardilla, no hay duda,
me comes en el camino.

LA CHAVALILLA

Ya vas teniendo cara
de mujercita;
ya te pones, á veces,
mu pensativa,
y, así, al descuido,
de vez en cuando lanzas
algún suspiro.
Ya te peinas, pitusa,
con más esmero,
y te pones lacitos
sobre tu pelo,
y si te besa
quien te besó de niña
te da vergüenza.
Ya no eres tú la que eras,
la chavalilla;

ya t'has vuelto mu tonta,
mu presumía,
mu farolera;
ya no eres tú, chavala,
la niña aquella.
Ya sé yo que te rondan
muchos chavales,
y que está concurrida
siempre tu calle,
y á tus balcones
llegan los chavalillos
pidiendo amores.
Ya sé que los escuchas
con inocencia,
y que t'azaras mucho
si te requiebran,
y las mejillas
se te ponen, pitusa,
mu encendidas.
Ya sé que por el barrio
sale tu padre,
con una estaca, en busca
de gavilanes
que á tí te rondan,

y que cazar pretenden
á su paloma.
Ya sé yo que te pasas
la noche en vela,
pensando en los amores
que ya te esperan.
. . . . . .
¿Que quién m'ha dicho
tantas verdades, niña,
como te digo?...
Me lo dicen tus ojos,
que, parlanchines,
sin que yo los pregunte,
to me lo dicen...
¡Ay, chavalilla,
ya vas teniendo cara
de mujercita!
¡Ay, paloma hechicera,
tiende tus alas,
palomita inocente,
paloma blanca,
vuela amorosa
y huye de gavilanes,
blanca paloma.

Huye de las miserias
que hay en el mundo,
y de lo que te digan
los que hablan mucho;
porque hay palabras
que, aunque saben á mieles,
queman el alma.

. . . . . .

Eres flor del almendro,
tempranerilla;
ya vas teniendo cara
de mujercita;
ya te cortejan;
¡pronto sabrás, paloma,
lo que son penas!

UNA VISITA

—¿Qué le pasa á tu marío
que no se le ha visto el pelo
hoy por el taller?
—Le pasa
que no hay uno que sea güeno;
le pasa que m'ha dao un susto
que no me sale del cuerpo
en dos años, y le pasa
que es un sinvergüenza; eso
es lo que le pasa, ¿sabes?
—Pos, chica, que no te entiendo.
—Pos, chico, tráete un intrépete,
que la cosa no es pa menos;
hijo, te traes por cabeza
una ponchera.
—Remedios,

no tires con bala.
—Claro,
si estoy que cuasi reviento
y tú estás con los pastores
en Belén; ¡quita d'ahí, tétrico,
que tienes la primer cara!...
—¿Pa qué?
—Pa presidir duelos.
—¿En total, qué?
—Na; que el sábado,
cuando estaba amaneciendo,
llegó mi nene con una
jumera de las de peso;
tú verás cómo estaría,
que me le subió el sereno,
con cuatro más, ¡el delirio!
Yo, al primer pronto, me dije:
na, la afección al celebro
que tié; me acerco, le miro,
y le palpo, y le olfateo,
y á Chinchón de á diez la copa.
Le cogimos, le acostemos,
y él sin habla y yo charlando
por él y por mí.

—Lo creo.
—Y ahí le tiés que con las mismas
tuve que llamar al médico,
y dice que no le gusta
su semblante.
—Lo comprendo,
porque lo que es tu marío
no es pa llevarlo á un museo,
porque tié la primer cara
pa diñarle un susto al miedo.
—Pos de la tuya no m'hables,
porque te ladran los perros
cuando te ven.
—¿Se le puede
pasar á ver?
—Pasa; pero
ha dicho el doctor que mucho
cuidao con lo que ahora hacemos,
que está pa que no le hablen
ni pa sufrir contratiempos;
además, sabes de sobra
lo aprensivo que es Mateo.
. . . . . .
—¿Se pué pasar?

—Es Celipe.
—Pasa, Celipe.
—¿Qué es eso?
¿Qué te sientes? ¿Qué te duele?
—Na, que pa mí que la entrego;
ponle una silla á Celipe.
—Gracias, chico, no me siento;
pos cuídate, que la cosa
está pa pocos jaleos.
¿Sabes quien está mu malo,
que la diña sin remedio?
El Cigarra.
—¿Qué *Cigarra?*
—Hombre, el primo del maestro;
¿y sabes á quién entierran
mañana? A Luis el frutero.
—¿Qué me dices?
Lo que digo.
—¡Mi madre! ¿Y de qué se ha muerto?
—De una cosa parecida
á lo que tú tiés.
—¡Mi agüelo!
¿Oyes lo que dice éste?
—Te habla en broma.

—Le hablo en serio;
es como lo de la Paca,
que no lo sabréis.
—¿Qué es ello?
—Pos que le ha dao cuatro tiros
su novio.
—¡Jesús, qué miedo!
—Hijo, pareces talmente
una sección de sucesos!
—Cambia de cilindro; oye,
¿y tu chaval?
—Pos le tengo
ahí en una funeraria
de la calle del Almendro
cobrando las comisiones
que gana con los sepelios;
ya vendrá por aquí á verte.
—Dile que se lo agradezco;
que no haga tal disparate,
y tú, no cierre el portero,
vete también.
—Yo, ni en broma;
esta noche yo me quedo
pa lo que sus haga falta,

que á lo mejor te da el vértigo.
—¿A lo mejor dices? ¡Vete!
—¡Que no me voy!
—Al momento,
ú te doy con la botella
del bromuro.
—¿Hablas en serio?
—Que te pires ya, so posma...
—Ya me voy... ¡Pobre Mateo!
¡Está loco de remate!...
—¡Has introducido el remo!
—Que me quiten á ese bruto
de delante, que me oceco;
¡vete, que no nesecito
pa morirme puntillero!

EN EL TRANVÍA

—Usté perdone, señora,
la frescura ú lo que sea;
pero me viene picando
la curiosidaz malévola.
Dende que he visto á la amiga
subir al coche en *Carretas*,
su cara de usté m'ha sío
mu conocida.
—¿De veras?
—¿Usté ha tenío algún puesto
de churros en la Ribera?
—No; pero tengo un pariente
sordo, que reside en Cuenca.
—No es mi medida.
—Lo siento.
—Sí que es chungona la hembra;

vamos, tengo por memoria
una bandurria sin cuerdas.
¡Mia que es lo grande, señores;
vamos, qué memoria esta!
Su papá de usté, ¿fué curda
de profesión?
—Sí, una cepa;
bebía lo que dejaba
su agüelo de usté.
—No es ella.
¿Tié usté un lunar, y perdone
la pregunta, donde empieza
lo inverosímil?
—¡Qué chusco!
Este tío, de por fuerza,
m'ha tomao por la señora
de los siete bucles; ¡ea!,
mire usté pa otro edificio,
que este está alquilao.
—Morena,
no lo tome usté en Herodes,
que no soy nengún chavea.
—Pos, ahora que yo me fijo,
también en usté me suena

mucho su voz. ¿Por casual
ha sío usté trapero?
—Negra,
no lo he sío; pero bajo
por gangas á las Américas.
—Le azvierto á usté que hablo en serio.
—Ya se ve que es usté seria.
—Más que un San Lucas.
—¡Mi madre!
(¿De qué conozco yo á esta?)
—(¿De qué conozco yo á este?
Porque le conozco.)
—Prenda,
na, que no caemos.
—Eso
digo yo; pero de veras
es usté el vivo retrato
de un rey de espás que abiyela
una baraja que tengo
yo en casa.
—¡Cuidao, maestra!...
¡Ah, sí; no me cabe duda;
ya di con la clave, *Ureka!*
¡Mire usté p'aquí! ¡La misma!...

¿Tú te llamas Baldomera?
—Cascajares y Minguito.
—Mírame bien; ¿no t'acuerdas?...
—¡Anda Dios! ¿Tu eres Polonio?
—Melgares Cantalapiedra.
—¡Chico, qué bien te das coba!
—¡Chica, qué bien te conservas!
—En almíbar mismamente.
—Vamos, calla, qué sorpresa.
—¡Mil años que no te *vía!*
—¡Calla, mujer; tú estás hecha
una Isabel la Católica!
—Y tú un...
—¡Colón!
—¿Se guasea
el cobradorcito?
—Vamos,
vaya una pregunta suelta:
¿con el *completo* y el nene
pa bromitas?, usté sueña;
dije Colón porque así
se llama la calle esa.
—Usté perdone.
—De nada.

—Chico, ¿pero qué me cuentas?
—Chica, que te estoy mirando
y me paeces una vieja.
—Como que lo soy, mia este.
—Toma, y yo también, miá esta;
¿y qué?
—Na, calamidades.
que después de aquella gresca
que me quitaste de un golpe
seis dientes y cuatro muelas,
que por cierto el otro día
te menté, miálas, por estas,
porque fuí á que me sacaran
la última que ya me queda,
y dije; miá si Polonio
la cogiese por su cuenta!;
pos na, que después de aquello
te marchaste á la francesa;
yo me casé.
—Ya lo supe.
—¡Y me quedé viuda!
—¡Arrea!
—Hijo, sí; se murió el pobre
de melancolía interna

y de aburrimiento. ¿Y tú?
—Pos yo, una historia mu negra,
calamidades, disgustos,
amarguras y tinieblas.
—Eso paece un mes de Enero
del Zaragozano.
—Deja
que te diga que ca día
me gustas más, Baldomera.
—¡Ay, hijo, dímelo á trozos
pa que dure más!
—¡Gacela!
—¡Comendador, que te pierdes!
—¡Qué importa, si tú me encuentras!

. . . . . .

¡¡Cuatro Caminos!!
—Pero oye,
¿adónde ibas tú?
—Yo, á *Fuenca.*
¿Y tú?
—Yo, á Bilbao.
—¡Mi madre!
—No te apures tú, morena,
que aun tengo yo un duro en plata

pa invitarte á lo que quieras.
—¿Y á qué, si yo ya no bebo?
—Te comes una chuleta.
—Si estoy á régimen, chico.
—Toma, y yo también, ¡miá esta!
Vamos, pasa al merendero,
que ahora están con la habanera.
—¡Las veces que hemos bailao
nosotros eso! ¿Te acuerdas?
—¡Y qué bien!
—¡Y qué ceñío!
—¡Vamos, pasa!
—¡Me da pena!
Además, me mata el ruma.
—Y á mi me mata la anemia.
—Eso es na más pa chavales
como esos.
—Miálos, se ceban.
—Qué fantisiosos van ellos.
—Y qué orgullosas van ellas.
—No saben los pobrecitos
toavía qué son tristezas.
—También nosotros nos hemos
querío mucho, ¿te acuerdas?

Vamos, pasa.
—Que no paso.
—Pos tira por la vereda
y daremos un paseo
los dos por frente á la Sierra.
—¡Miála que blanca!
—¡Qué blanca!
—Así están nuestras cabezas.
—¡Los años, hija, los años!
—¡Las penas, hijo, las penas!

. . . . . .

A la oración de la tarde
ya tocan, allá, en la iglesia;
el Sol, que vistió de gala,
ya se oculta por la Sierra;
se oyen, allá de muy lejos,
los sones de la habanera,
y llorosos los escuchan
los dos viejos, que se besan,
y se miran, y se dicen
con una amargura inmensa:
—¡Los años, hija, los años!
—¡Las penas, hijo, las penas!

UN MARCHOSO

Porque llevas dos pedruscos,
que te brillan en el dedo;
y botas de caña crema,
y raya á un lao, y cosmético,
la vas dando de marchoso,
y de chulo pinturero,
y te calan, y pepino,
créeme á mí, Desiderio.
El dir con tres desdichadas,
que van á tu lao sufriendo
en *manuela*, dando achares
por colmaos y merenderos;
el pedir una botella
de cualquier vino de precio,
no da oción á tanto arrope
como por ahí vas vertiendo;

el pegar á una mocita,
pa darla de hombre de genio
y lucirse ante un concurso
que te jalean el hecho
y te dicen:—«¡Ahí los tíos
meneando bien los remos!»—
es una marchosería
que tié muy poco salero;
el que invites á una copa,
y á tres, y á veinte, y á ciento,
á más de cuatro gorrones
que se ríen, majadero,
de tus gracias reventantes,
y que así te dan el queso,
ni es de mozos de *chirumen*,
ni es de tener parpadeo;
es de darla de *liloili*
por los *jayeres*, so memo;
y esas curras que te miman,
no es á ti, es á tu dinero,
que tampoco lo supiste
ganar, porque te lo dieron,
según dispuso tu agüela,
la pobre, en su testamento.

¿Qué sabes tú de esas cosas,
y qué ha de tener salero
un chulo de mala pata
y vago de nacimiento?...
Por mi parte no te envidio,
soy más que tú con ser menos,
sé ganar una peseta,
y sé gastármela á tiempo;
he formao un hogar humilde
á dos pulgadas del cielo,
allá, en una guardillita
de la calle del Almendro,
y á mi mujer no la cambio
por la dama de más méritos;
ella es pa mí too en el mundo,
me respeta y la respeto,
y pa completar mi dicha
hay un chaval mu pequeño
que el día que diga «papa»
hablo con los campaneros
pa que repiquen á gloria
las campanas de los templos.
¿Que no comprendes la vida
como la vida que llevo?...

Si tú supieras lo hermoso
que es pa mí un domingo de esos
que la digo á la parienta:
«Morucha: me pide el cuerpo
que hagas una merendilla
y que nos la merendemos
en el campo; viste al chico
y, arzando, que estoy pa ello»,
y se pone más relimpia
que la plata y yo más hueco
que un canuto, y tóo seguío,
y cargao con mi pequeño,
al campo, don Nuño, voy,
donde probarsus espero
que si no *aviyo jayeres*
sé vivir como los güenos.
Yo no seré tan marchoso,
como tú, ni tan flamenco,
¿qué lo voy á hacer? ¡Paciencia!
En cambio, vela mi sueño
una mujer que me quiere,
y doy calor con mi cuerpo
á un chaval, que es una estrella
que ilumina mi sendero,

á un hijo que es mi alegría,
que es mi amor y mi consuelo.
¿Te ríes? Adiós, marchoso;
déjale correr al tiempo;
¡ya pasarás por mi puerta
con un guitarro y un perro!...

LA CANALLA

Cantable ramplón para una revista de circunstancias.

La escena representa una guarida de ladrones, donde se celebra una fiesta en honor de la hampa. Al levantarse el telón, gran ruido y algazara.

La simpática *reunión la forman criminales, ladrones, canallas, timadores, golfos y coro general de sinvergüenzas y gandules, que preside la* HAMPA, *una vieja, que no es por ofenderla, pero que se las trae.*

CORO DE CRIMINALES, *dirigiéndose á las candilejas.*

Música

CRIM. Semos la flor y nata
de los matones
y semos el orgullo
de las naciones;
despreciamos la vida
de los mortales.

Semos, á mucha honra,
los creminales,
olé que sí,
olé que sí,
¡olé!
que hay en Madrid.

TEMPLAO, *saliendo del grupo y con aire flamenco.*

TEMPLAO Yo soy el *Templao*,
ladrón de *chipé*,
que tiene probao
que es mu adiestrao
para dar *mulé*.
CORO ¡Olé!
TEMPLAO Gracias, señores.
CORO No hay de qué.
TEMPLAO Me río del Candelas,
y del *Pernales*,
y de Jaime el *Barbudo*
y otros barbianes;
pa mí los Juanillones
¡racataplao...!
no hay nadie que compita
con el *Templao*.

Se bailará un tango que jaleará el coro.

CORO ¡Olé tu gracia!
¡Ahí, en la arena!
¡Viva tu madre!
¡Viva la *trena!*
Mueve tu cuerpo,
venga alegría,
olé por los bandidos
con simpatía.

A interrumpir el baile llega la LOBA, *dama distinguida, capaz de quitarle la pañosa á la estatua de Mendizábal.*

Trae de la mano á una preciosidad de niño raquítico, que ya roba como un hombre.

CORO Aquí está la *Loba*,
la *Loba* aquí está.
¡Olé las timaoras
de caliá!
LOBA ¡Salud, amigos míos
y compañeros;
salud á los valientes
y á los rateros!

Aquí he venido
para honrar la memoria
de mi marido,
que murió en su *palacio*
de Cartagena.
¡Dios le haiga perdonado!

CORO ¡Caray, qué pena!

LOBA Y este es mi niño,
que ha salido á su padre.
¡Ven tú, cariño...!
Yo le estoy enseñando la mar,
yo le estoy enseñando á saber
que en el mundo se debe matar,
y en el mundo se debe aprender
á vivir,
á robar,
á sufrir,
á burlar
al policía
y al cevil,
pa que jamás lo encuentren
ni con candil.
En un sofá viejo
ya da puñaladas,

ya parte el pelote
con la mar de gracia,
ya ha matado al grillo,
y, ahora, con el gato
de noche y de día
anda á garrotazos;
me sale á su padre,
me sale á su agüelo;
ven aquí, mi vida,
ven aquí, mi sueño.
¡El ha nacido
de mi persona!

Haciendo fiestas al angelito.

CORO ¡Qué cosa más rica!
¡Qué cosa más mona...!
Ay, qué ladrón de nene,
qué listo sale ya
pa darle á cualesquiera
un par de puñalás.
Toma, ladroncito;
toma, remonín;
ven acá, granuja;
¿quién te quiere á ti...?

Todos tratan de hacerle caricias al pequeño, que se revuelve airado, repartiendo arañazos y coces... ¡Qué monada de niño! Suena un fuerte tañido de campana china, levantándose HAMPA, *que, con voz aguardentosa, dice á la concurrencia:*

HAMPA Asesinos, ladrones y espadistas,
holgazanes, granujas y rateros,
gentes del *ful*, canallas descuideros,
sabios enterradores, carteristas,
gente honrada que alegre me rodea,
salud el Hampa á todos les desea.
Noble gentuza, que á cantar vinísteis
el triunfo de la vida depravada,
ya la podéis cantar, ya está ganada;
vosotros, triunfadores, la vencisteis.
¡A matar ó morir! ¡Sus, y á la guerra!
Que el Hampa triunfe en nuestra
[noble tierra.

Aplausos, vivas y entusiasmo enloquecedor.

CORO Semos los ladrones
de la capital,
la canela en grano
de lo criminal.

Semos los dioses
de un pueblo honrao,
los que rajamos
el bacalao.
Gloria á Melgares
y á Ravachol,
semos el *cluque*
de la nación.

En alegre bacanal y á los acordes de un himno grotesco, vase la canalla que triunfa en este desdichado país carcomido por tanta maldad, sostenida por la inercia y mansedumbre de la gente honrada que trabaja, sufre... y calla.

TELON LENTO

El público, que sale horrorizado
de presenciar tamaña felonía,
protesta; mas comprende resignado
que, aunque el cantable es una tontería,
es gran verdad, puesto que la hampa impera
¡en los Madriles y en España entera!

LA PRIMAVERA

Ya está llenito de flores
el balcón de mi morena;
ya me siento yo marchoso;
ya llegó la primavera;
ya las cotillas del barrio,
por esquinas y por puertas,
le andan quitando el pellejo
al primero que se tercia;
ya en vez del pregón de—¡Cuántas,
calentitas, que ahora queman!—
van por plazas y por calles
pregonando las floreras:
—¡Claveles dobles, claveles,
quién los quié, quién se los lleva!
¡De la Casa *é* Campo, lilas!...—
Ya sube por la ribera

del Rastro Pepe *el Pinturas*,
que es un chulo del sesenta,
sin la gorrita de lana
ni la pañosa torera,
dándola de chavalillo
cuando pasa alguna hembra;
ya guardó la señá Paca,
con alcanfor y pimienta,
el alfombrao, y el de flecos
sacó también la Manuela,
pa enredarse en los botones
del que pase por su vera;
ya no tose el señor Rufo,
ni el asma ya le molesta,
y se sopla dos de balde,
al par que de Valdepeñas,
si hay alguno que le invite
al pasar por la taberna,
y se canta dos serranas
y catorce malagueñas
en cuanto que salga un guapo
que se marque dos falsetas;
ya mi jilguero presume,
cantándole á su jilguera,

y el grillo dice á su grilla
en su *gri-gri*, cosas tiernas;
ya viven los pobres golfos
que en los quicios de las puertas
durmieron sobre la escarcha,
y cubiertos con la niebla,
ya viven, gritan y entonan
canciones á su golfemia;
ya tié el sol más alegría
y lucen más las estrellas;
ya van las mozas más guapas,
más gentiles y más frescas
por ahí, con esas blusitas
de hilo que se transparentan;
ya son dulces de dormir
las mañanas abrileñas,
y á un levántate, que es tardel—
se escucha un—¡Déjame, prenda!—
Se anima la gente joven,
revive la gente vieja;
ya mi jilguero presume
cantándole á su jilguera;
ya tié el sol más alegría
y lucen más las estrellas;

ya huele á albahaca; muy pronto
repicarán á verbena
las campanas de la ermita
del santo de la ribera;
ya está llenito de flores
el balcón de mi morena;
ya me siento yo marchoso;
ya llegó la primavera.

¡DICHOSA SEMANITA!

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué me entregas, Roque?
—El jornal.
—¿Qué jornal ni qué ocho cuartos?
si no hay ni pa mandar tocar á un ciego,
cuanti más pa llenarte á ti el monago.
¡Virgen de la Paloma, y qué jornal!
qué bien prencipia pa nosotros Mayo;
vaya un mes de las flores que m'aguarda,
de andar á gofetás con los garbanzos;
si ya lo dije yo, ¿lo ves palpable,
lo ves como es verdad lo que yo hablo?
¡Vaya una semanita, Dios bendito!
¡Vaya una semanita, cielo santo!
Día primero: la solezne fiesta:
la fiesta socialista del trabajo;
por la mañana, mitin y paseo

detrás de un estandarte muy bordado;
por la tarde, manubrio y escabeche,
y unas cuantas botellas de morapio;
por la noche, te ocurre que en la casa
te dan vueltas el catre y el lavabo;
después, la tila con Chinchón ú triple;
más tarde, sinapismos; luego, el caos.
Día dos, á las seis de la mañana
y al estampido de los cañonazos,
te despiertas, te agarras al botijo,
das un «¡viva á la patria!», prolongado,
y te sientes patriota y á la calle
porque hay que celebrar con entusiasmo
esa gloriosa fecha que es orgullo
de nuestra noble villa; resultado,
que de casa saliste hecho un patriota
y que vuelves igual que un estropajo.
Día tres, claro está, clásico día,
típica fiesta de la Cruz de Mayo;
hay que ir á recorrer todo el distrito
pa recordar los tiempos que pasaron,
que, aquí pedía Pepa, la *Flamenca;*
que, más allá, la Carmen y la Patro
tenían un altar lleno de flores

y por toldos mantones y damascos;
que, échanos unas copas en recuerdo
de aquellas mozas y de aquellos años;
que, sírvenos más vino, *Tiruliqui;*
Tiruliqui, por Dios, danos y danos;
y una fiesta de menos en España
y una *merluza* más que has agarrado,
y más tila, más triple y más Chinchón
y, resumen, que ayer ha sido sábado
y que me entregas hoy seis *perros* chicos,
que no dan pa el sustento del canario,
y tú que eres patriota y socialista,
¿qué harías con seis perros?
—Enseñarlos
á hacer piruetas pa que lo ganasen
en cualquier circo ecuestre.
—Calla, vago;
¡vaya una semanita, Dios bendito!
¡Vaya una semanita, cielo santo!
Qué tres fechas, señor, más memorables;
qué principio de mes más desdichao;
mucha patriotería y socialismo,
mucho dir y venir, mucho entusiasmo
y los pucheros á la funerala,

y la despensa apolillá, y el gato
muerto de hambre; ole, bien; el mesecito
de las flores será de espinas; Mayo,
que es el mes del amor, el más poético,
pa nosotros va á ser el más prosaico.

EN PLENA PRIMAVERA

El patio está que echa bombas,
los nervios están que saltan;
el gato de la del cinco
está loco por la gata
de la del seis; el morrongo
de la señá Sebastiana,
sufre de melancolía
porque los celos le matan,
y otro gato, sinvergüenza,
aprovechando esta causa,
olfatea las cocinas
y se come las piltrafas,
y está gallardo y lustroso,
mientras los demás, de rabias
y celos, y sufrimientos,
están hechos una lástima.

Está la cosa más seria
de lo que parece, y Paca,
la del cinco, está que bufa
con la del seis, que, inhumana,
velando por el honor
de su pobrecita gata,
obsequia al pobre minino
con unas tundas que aplanan,
y también con la del seis
está mal la Sebastiana,
porque su pobre *Calínez*,
que es como el gato se llama,
se está quedando en los huesos
por culpa de una hembra mala
que, en su clase de felina,
es la coqueta y la gata
más presumida y más tonta
de todas las de la casa;
el sastre del sotabanco
tiene un perrito de lanas
que, en cuanto amanece el día,
y sin saber por qué causa,
da unos ladridos que asustan
y le parten á uno el alma;

en el principal derecha,
vive una chica cubana
que tiene un loro que dicen
que es propiamente una alhaja,
y en cuanto le asoma al patio
el animal se desata
y dice unas desvergüenzas
que no se escuchan con calma.
¡Qué cosas no dirá el loro,
que el señor Crisanto, el guardia,
que vive pared por medio
del cuarto de la cubana,
le ha denunciado seis veces
y á punto estuvo otras tantas
de haberle dado un sablazo
por *fringir* las Ordenanzas!
El de arriba tiene un grillo,
el de abajo una chicharra;
el otro una codorniz
que da seis golpes, y canta
que es un encanto de bicho;
el marido de la Eulalia,
que padece del estómago,
da unos gritos, que dan lástima;

Damián sufre de las muelas
y está el amigo que rabia;
el niño del cerrajero
llorando el día se pasa;
en el patio y en la fuente
cuatro maritornes lavan,
y canturrean, la una
los «tientos» y las «marianas»;
la otra el «canta, vagabundo»;
las otras dos la romanza
de *La Tempestad* y todas
á un tiempo—¡señor, qué casa!—
Y, por si fuera esto poco
á completar estas danzas,
llega el casero á cobrar
lo que ni á tiros le pagan;
y se ha desbordado el patio:
—«¡Váyase usté de ahí, tío mandria!»
—«¡Ladrón!»
—«¡Granuja!»
—«¡Usurero!»
—«¡Creminal!»
—«¡Pillo!»
—«¡Canalla!»

—«¡Es un negrero!»
—«¡Un bandido!»
—«¡Que nos robe!»
—«¡Que nos mate!»
—«¡So asesino!»
—«¡So verdugo!»
—«¡Que lo maten!»
—«¡Que se vaya!»
. . . . . .
Al ver las flores que le echan,
y á la puerta de la casa,
un chico sale gritando:
«¡A real y medio la entrada,
pasen, que reparten leña,
y está el patio que echa brasas.»

¡CÓMO IBAS!

Ya te vi la otra tarde
con la mantilla
por la de Embajadores;
¡vaya canela,
y cómo la llevabas!;
ibas, chiquilla,
que bendita sea toda
tu parentela.
Ibas que no es posible
que haiga pintores
que pinten una moza
de más salero;
ibas por esas calles
sembrando amores;
ibas siendo el encanto
del mundo entero;

ibas muy madrileña,
muy española,
con tu mantilla blanca,
con tus claveles;
ibas que parecías
una manola,
pisando menudito
con tus *pinreles*.
Ibas como debieran
ir las mocitas,
no con esos sombreros
extravagantes;
porque aun así las feas
están bonitas;
porque así estáis las mozas
más dislocantes.
Ibas como las hembras
de campanillas,
como aquellas mujeres
de aquel tronío;
ibas como una maja
de Maravillas,
recordando los tiempos
que se han perdío.

Ibas como las propias
rosas de Mayo,
ibas que, hasta entre sueños,
aun te estoy viendo;
ibas tú de una forma
que yo me callo...
ibas de una manera
que yo me entiendo...

. . . . . .

Hoy también al mirarte
te encuentro hermosa,
y me sigues gustando;
pero, chiquilla,
hoy te miro, y al verte,
noto una cosa:
que te falta la gracia
de la mantilla.

LA CRUZ DE MAYO

Hoy reverdece la fiesta
de la Cruz de Mayo el pueblo;
hoy, del Rastro á Maravillas,
del Portillo á San Lorenzo,
se alzan vistosos altares,
de hermosas flores cubiertos
y sirviéndoles de toldo
ricos mantones de flecos;
en cada altar, una cruz
que blancas manos tejieron
de rosas y de claveles,
gardenias y pensamientos;
en cada barrio, un altar,
y en cada altar, un portento
de juventud y alegría
y buen humor madrileño.

Hoy custodian los altares
las muchachas de mi pueblo;
confúndense sus caritas
con las flores de más mérito;
son las rubias rosas pálidas
y son claveles morenos
las morenas, y son todas
una bendición del cielo;
¡bien hayan nuestras gatitas,
que son, para orgullo nuestro,
granos de sal y pimienta
que le dan sabor muy bueno
á esta salsa tan castiza
de este Madrid bullanguero;
á esta salsa, donde mojan
gentes de todos los pueblos;
y á fe que debe gustarles
cuando se chupan los dedos.
Hoy reverdece la fiesta
de la Cruz de Mayo el pueblo;
hoy nuestras madrileñitas
llevarán con su salero
la mantilla de madroños,
la peineta y el de flecos;

hoy lucirán los corales
que sus abuelas lucieron,
y filigranas de aljófar
y arracadas de oro viejo.
Hoy saldrán como las majas
castizas de aquellos tiempos,
á pedir para los pobres
á los mozos postineros,
con la alegría en la cara
y la nobleza en el pecho.
«¡Olé, por los hombres!
¡Olé, por los majos
que tienen la cara de ser generosos
y echan en el plato
un par de monedas
pa la Cruz de Mayo;
pa la Cruz de Mayo que hay en Maravillas,
orgullo del barrio,
del barrio castizo
donde no hay tacaño
ni lo habrá que niegue lo que una morena
pide con sus labios!
Mire qué altarcito
más bien arreglado:

jazmines, gardenias y frescos claveles
le están adornando.
Y á esta crucecita
de rosas y nardos
la sirven de toldo pañuelos de flecos
con ricos bordados.
Si yo fuera hombre,
y al ver que á mi lado
venía una hembra con ojos de fuego
pidiéndome algo,
la vida le daba,
y es poco el regalo.
¿qué menos que darle la vida á una hembra?
¡Conteste usté, vamos!
¿Que no tié usté suelto?
Pues eche usté atado.
¿Tampoco? Pues hijo, está usté más pobre
que un escarabajo.
¡Parece mentira
que un hombre de garbo
desdeñe á una moza que pide un cuartito
pa la Cruz de Mayo!»
Vuelvan ya las fiestas típicas
de sabor tan madrileño,

que, sin saber por qué causas,
de aquí desaparecieron;
vuelvan ya las romerías
y verbenas de otros tiempos.
¡Cuajá y baile, que esta noche
hay verbena en San Lorenzo,
y mañana en Maravillas,
y al otro en el Matadero!
¡Cuajá y baile, y cuchipanda,
y venga ya, señor ciego,
dos cuartos de seguidillas
boleras, duro al rasgueo!
Vuelva á ser Madrid lo que era:
alegre, castizo y neto.
Mientras quede en los Madriles
una moza de ojos negros,
y una mantilla de encaje,
y una peina, y el de flecos,
Madrid no pierde el aroma
de alegre, castizo y bueno;
y nunca mejor la frase
que aquí: «De Madrid al cielo.»

CHAMBERILERAS

El día que yo me muera
tienen que llorar por mí
todas las chamberileras.

A la que el día amanece,
allá, por una calleja
de Chamberí, va *el Abuelo*,
el señor Lucio Revuelta,
pintor de brocha ordinaria,
chamberilero de cepa
y hombre que supo llevarse
en sus tiempos á las hembras,
por valiente y por marchoso
y decidor *pa* con ellas.
Viene de en *ca* de Lisardo
de libar buen valdepeñas,
y de echar un mus á gusto
con amigos de su época;

y entre que «envido á la chica»,
y entre que «no llevo medias»,
y entre que «órdago á la grande»,
y entre que «danos la espuela»,
la campana de las monjas
anunció las cinco y media,
y *á matar el gusanillo*
entró Paca la churrera;
y él, antes que salga Febo,
quiere entrar en su vivienda,
que después todo lo dicen,
lo murmuran y comentan,
y camino de su casa
va el señor Lucio Revuelta
con la pañosa caída
y el sombrero á lo tunela,
y murmurando entre dientes
al encontrar las callejas
de Chamberí, tristes, frías,
sin una ventana abierta,
ni un mozo que á la ventana
charle de amor con su hembra.
«¿Dónde estáis, chamberileros?
¿Dónde estáis, chamberileras?

¿Qué barrio es el barrio mío
que no se ve más pareja
que la del Orden, que á veces,
y las más, no se la encuentra?
¿Dónde están aquellos guapos?
¿Dónde están aquellas hembras?
¿Dónde aquellos postineros?
¿Dónde aquellas postineras?
¿Pa cuándo esperáis, so primos,
dir del brazo de las hembras
mejor que en las noches crudas
del invierno, so babiecas?
¿Dónde hay ná que más entone
que dir con una morena
de las que se traen por ojos
propiamente dos fogueras?
¿Dónde hay mejor calorcillo
que el calor que nos dan ellas
cuando nos dicen: «Te quiero,
chiquillo, ven á mi vera.»
Luego dicen que uno habla
de otros tiempos y otras épocas;
yo que he sío lo que he sío,
yo que puse aquí bandera

de camelaor de mozas,
y aun quedarán por ahí viejas
que lo digan; yo que he sío
el mejor pa convencerlas,
y hoy veo que los chavales
las miran y las desprecian.
¿Qué pasa, señor, qué pasa,
ó es que no hay sangre en las venas,
ó es que es de horchata heladita
la que usan ciertos chaveas?
Viva mi madre y mi cuerpo;
viejo soy, y aun tengo esencia
y ojillos pa trastornarlas
y corazón pa quererlas.»

. . . . . .

Y con la capa caída
y el sombrero á lo tunela
se fué cantando esta copla:
«El día que yo me muera
tienen que llorar por mí
todas las chamberileras.»

UN HOGAR DESHECHO

He visto á los chicos
de Pepe «el Cogorza»;
¡cómo están los pobres!
¡Da pena, Sidora!
Allí, en aquel cuarto donde tantas veces
por menos de un pito s'armaba una broma
y había su miaja de cante y vihuela;
allí, en aquel cuarto de alegre memoria,
estaban los peques tan enlutaditos
por su pobre padre, por Pepe «el Cogorza»,
por aquel amigo que, en vida, fué un prócer
echando tacones y bebiendo copas.
¡Qué pena de críos!
¡Lo que son las cosas!
Y dicen las gentes
que uno filosofa.

¿Ves tú aquella casa que tú conociste,
y aquella familia contenta y dichosa,
y aquel matrimonio que siempre reñía
porque él se encurdaba, ya ves tú, Sidora,
como si en el mundo se escapara alguien
sin haber tenío de más cuatro copas?...
¿Ves tú aquella hembra, ves tú aquella viuda,
ves tú aquella dama que sufre y que llora
por aquel marío que perdió pa siempre
y da ca suspiro por él que t'atonta?...
La vida es sainete, y el mundo es mentira;
ni pena, ni llanto, ni na; linda coba.
En vida del muerto,
y no es que yo ahora
trate de ofenderla
por casual, ni en broma
se peinaba; en cambio,
hoy ya se retoca
con bucles y rizos
y tié peinadora.
Allí s'ha perdío la paz y el respeto;
allí toos son unos, y no hay quién se imponga;
la madre s'ha vuelto la mar de coqueta;
los chicos caminan sin rumbo y á solas;

conocen los vicios y no las virtudes;
el mayor, un pipi, la da de persona;
no sabe ganarlo, y ya fuma y bebe;
no tie ni bigote, y ya tié sus mozas;
allí no hay ejemplo pa los chiquitines;
¿y qué harán los frailes si el prior retoza?...
Güeno; de la viuda, ¿pa que voy á hablarte?...
la viuda ha salío algo licenciosa,
y too lo que estuvo de casá sujeta,
ha tendío el vuelo, y hay que verla ahora
cómo va llevando los cuarenta abriles
por los merenderos, llenando la andorga
y entregada al baile con algún mocito,
soltando suspiros y soplando copas;
te digo, parienta,
que ve uno ca cosa
pa que uno reniegue
de la mujer propia.
Allí no hay vergüenza;
te pido, Sidora,
que si yo la entrego
no te dé llorona,
porque no me fío
de las lagrimosas...

Allí no hay recuerdos pa el pobre difunto;
allí se olvidaron de Pepe, «el Cogorza»,
que sería un «curda», yo no te lo niego;
pero al fin el hombre cumplió de tal forma,
que olía su casa
á casa con honra;
que al fin era un padre,
y un padre da sombra.

GRILLOS Y GRULLAS

—Manuela, di de mi parte
á la señá Celestina
que contrate pa la ópera
al grillo.
—¡Cuidao, que es grilla!
—¡Qué monada d'hembra!
—Gracias.
—¿Es *mezo soplano*?
—Hija,
no estoy en los toques.
—Vamos,
misté que es cosa chusquisma
que, porque á usté se le antoje
y se dedique á la cría
de cucarachas, estemos

tomando la antipirina
la vecindá en pleno.
—Oye,
no desbarres.
—Claro, chica,
no te entre la nurastenia
y le des al barrio un día
de alivio de luto.
—Pero,
oiga usté, doña Sardina,
¿va usté á tomarme los bucles?
—Es fácil.
—¡Usté delirial
A mí no me toma el pelo
ni usté, ni otra más bonita,
ni la Venus del *Medices*,
ni la *Caramanchi*, ni la
princesa *Curopachuski*...
—Calla, cotorra, no sigas,
que pués quedarte sinfónica;
toma una miaja de tila,
y espuma el puchero, y friega,
y déjate de pamplinas,
y deja al grillo que cante,

que está en la edad; más valía
que en vez de creticar grillos,
que no te importan ni pizca,
te cuidases unas miajas
de tu chico y de tu chica,
que van hechos dos tizones
y con la ropa hecha trizas.
—¿Y á usté qué la importa?
—Nada;
pero padece la vista;
y menos contemplaciones,
que más cuenta te tendría
domar y enseñar modales
y frases cultas y finas
á ese cuarterón de chulo
que tiés por marido.
—Mida
usté las palabras.
—Eso
debiera hacer él, medirlas,
y no darnos á toas horas
sesiones de groserías;
y, en fin, basta de discursos,
no quiero gastar saliva;

si te molesta mi grillo,
ya sabes la medecina:
coges esos cuatro trastos,
los que hace un mes que no limpias;
le pagas los doce meses
que adeudas á don Elías,
y te vas á un entresuelo
de los de la Equitativa;
y que te alivies del pasmo;
recuerdos al agua limpia
y al jabón moreno.
—Oiga,
escúcheme usté, so arpía,
escúcheme usté unas miajas.
—¡Anda, y que te escuche Rita!
. . . . . .
—Cállense ustés ya, si pueden,
ú hablen ustés con sordina,
que, entre grillos y entre grullas,
va á haber que marcharse á Lima
á dormir la siesta, porque
esto es mucha grillería.

LA MADRECITA

Para mi bondadoso amigo el ilustre maestro de maestros de la Pintura D. Ignacio Pinazo.

Ahí tiés la Petrilla
aprende tú de ella;
no tié doce abriles
y ya es una vieja;
ya le vale á su padre pa todo;
hace un año no más quedó huérfana,
y ella oficia en la casa de madre,
y á los peques los cuida y gobierna.
¡Con qué amor los trata!
Con qué fe los besa
á sus hermanitos,
y cuando se acuestan

los enseña á rezar por la madre,
y los peques, que toos la respetan,
hay que ver cómo siguen los rezos
que la hermana mayor los enseña.
¡Dios mío, qué grupo;
hay que ver la escena!
Los niños, rezando
por la madre muerta,
y después de rezar, á la cama;
y en cueretes los chicos diablean,
y los coge, y los riñe, y rendidos
de jugar, ya los duerme y los vela,
y, por fin, cansada,
dormida se queda
sobre la cunita
de la más pequeña.
Y la tiés que en cuantito amanece
le prepara á su padre las prendas
y le plancha una blusa más blanca
que la nieve que cubre la Sierra,
y antes que su padre
vaya á la faena
ya le tié el almuerzo
en una tartera

con su funda, que no tié zurcidos;
y, está claro, su padre se apena
cuando ve que á su pobre Petrilla
el trabajo la tié cuasi anémica,
y suspira y llora,
y entoavía ella,
con su cara alegre,
le abraza y consuela,
y su padre se marcha á la obra,
y en su casa solita se queda
cuando ya despachó á sus hermanos
que, relimpios, se van á la escuela;
y dale á la aguja,
y enhebra que enhebra,
se pasa too el día
remendando prendas.
Tempranito ha empezado su lucha;
si su madre, la pobre, viviera,
volvería á morirse de gusto
de tener una hijita tan güena.
Eso es una gloria,
y no esas mozuelas
que están en palotes
y ya coquetean.

Ya lo dice un señor del tercero,
que es persona que sabe de letras:
—Esta niña es capullo de estufa,
que ni el aire ni el Sol hermosea-
pa esta florecilla
no hubo primavera;
no tié doce abriles
y ya es una vieja.

EN EL TRANVÍA ESPECIAL

—A ver si va á poder ser
que haiga un poco de pacencia,
y no rempujen, ¡canario!,
que la noche está de quema.
—¿Por quién va esa copla?
—Va
por el señor, que, por fuerza,
me ha confundío el amigo
con un catre de tijera,
y se va echando el sociólogo
encima.
—Oiga usté, princesa...
—¡Menos carbón, que m'atufo!
—No hay que tener desigencias,
que por cuatro perras chicas
no va usté á pedir grandezas;

me paece á mí...
—¡Cobrador,
que al señor le *pace!*
—¡Pepa!...
—¿Qué hay que hacer?
—¡Que te moderes!
—¡No quiero!
—Aquí, la morena
se ha equivocao de viaje;
ha tomao uno de ida y vuelta
pa el sudo-expreso de Parla,
y se ha metío en perrera
en el mixto de Ferraz.
—¡Cuidao con lo que se juega!
La señora es mi señora
por lo cevil y la iglesia,
y al que trate de zaherirla
ú al que trate de ofenderla
le pongo el rostro lo mismo
que un entrecote á la inglesa.
—¿No se pué rebajar algo
de los doce riales?...
—Queda
dicho lo dicho.

—¡Caramba!
qué genio tié usté, mi agüela;
pues si quié usté un desafío,
adjunta va mi tarjeta:
Armogasto Cantalejo
y López, pintor de puertas;
Salitre, cinco, tercero.
—¿Hay ascensor?
—Hay goteras.
—¡Hija, por Dios, que van siete
pisotones!...
—¡Ay, maestra!
¿la va usté á tomar conmigo
también?...
—Y con el que tenga
carita.
—¡Jesús, qué miedo!
que avisen á una pareja;
mamá, que me pica un sapo.
—¡Qué guasa más chapucera!
eche usté un poco de sal.
—Préstemela usté, gacela.
—¿Es de usté ese moño?
—Todo.

—Pues que pa mí que se queda
usté más pelá que que un calvo.
—¿Quién lo ha dicho?
—La *Gaceta.*
—A usté se lo ha contao un quinto.
—Puede que puede.
—¡Embustera!
—Más que usté.
—De salú sirva.
—¡Ay, Jesús, qué desvergüenza!
¡Cobrador!
—¿Qué pasa?
—Imponga
silencio á esas dos panteras,
que van mis niñas oyendo
lo que no acostumbran ellas,
porque son muy inocentes...
—¡Caramba, con la inocencia!
Pues arrópelas, señora,
que las pobres se clarean.
—Cobrador, toque usté el pito,
que esto ya es una insolencia.
—Tiene usted razón, señora;
áquí no hay nadie que pueda

dormir tranquilo...
—¿Ha tocado
el timbre?
—Tenga paciencia,
que aún estamos en la curva.
—Oye lo que dicen, Pepa,
que estamos en curvas.
—Y otros
en palotes.
—¡Qué groseras!
—¡¡Colón!!
—Catorce menutos
de parada y fonda.
—Prestas,
bajar, hijas.
—Señorita,
recuerdos á la portera.
—Y riéguese usté el sombrero,
que las flores ya están secas.
—¿Y del moño, qué?
—Del moño...
que con la *bronquitis* nuestra
nos han quedao cuatro asientos
pa dir igual que dos reinas.

—¿Ya no hay gofetás?
—Ni en broma.
—¿Ni voces?
—Dios no lo quiera.
Ahora, en cuanto que lleguemos
á Ferraz, tengo unas perras
pa que nos bebamos una
de Santa Bárbara, fresca.
—De forma...
—Ni una palabra;
y fíjese usté y aprenda:
cuando vaya usté en tranvía
y no haiga asiento, arme gresca,
que nunca faltan dos cursis
que se juyan de la quema
y la dejen á usté el sitio,
que es lo que aquí se demuestra.

LA VELA DEL SANTO

Hoy va Lola peinada
de peinadora;
hoy del fondo del cofre
saca sus joyas,
y va en *manuela*
á lucirse unas *miajas*
por la verbena,
y á comprar como siempre
tiestos de albahaca,
de rosas y geráneos
que en su ventana
los luce luego,
y el cuidar de sus flores
es su recreo.

Como ya es su costumbre
desde pequeña,
al santo de las niñas
lleva una vela,
que al monaguillo
le encarga que coloque
en un buen sitio.
Este año es muy bonita,
toda rizada,
con lacitos de seda,
papel de plata,
y este letrero
que dice: «A San Antonio,
Lola Bermejo.»
¡Pobre Lola! todito
lo gasta en cera,
y aunque se pasa el día
reza que reza,
jamás el santo
la da un hombre bonito,
bueno y barato.
Ella sí se lo pide
siempre en sus rezos:
yo más de cuatro veces

la escuché atento,
y en su entusiasmo
la oí decir contrita:
¡Ay, santo! ¡santo!
«Tú, que tan bueno eres,
dame un marido
que sea, si es posible,
buen mozo y fino,
que tenga *guita*,
y se mire en los ojos
de su Lolilla.»
«San Antonio bendito,
haz que eso sea,
te lo pido de hinojos,
no es por la vela
ni mucho menos,
es, porque francamente,
se pasa el tiempo.»
Y, en verdad, que la chica
ya es chica en grande,
y dentro de unos años
vestirá imágenes.
Porque me temo,
que el santo milagroso

va á hacerse el *sueco*.
Yo sé por qué Lolilla
no halla marido,
y el caso tiene gracia
y es muy sencillo,
mas lo reservo
y guardado en el alma
llevo el secreto.
La vela que Lolilla
le lleva al santo,
y que son sus ahorros
de todo el año,
no hace su efecto
por *mor* de un *sacrismochi*
que hay *de* por medio,
que en lugar de ponerla
á San Antonio
para que agradecido
la otorgue esposo,
vuelve al cerero,
¡y Lola va segura
que está luciendo!
Ella manda una vela
que alumbre al santo,

con lo cual es el *sacris*
el «alumbrado»,
porque el maldito
lo que le dan por ella
lo gasta en vino.

ENTRE MODISTAS

—¡Ay, chica! Miá que estás tonta
porque se licencia est'año
tu novio.
—Porque se puede.
—Chiquilla, pos no es pa tanto;
quién te verá d'abogada...
—De los imposibles.
—Vamos,
no lo disimules, hija,
que bien se te está notando;
ahora tomas el «recuelo»
con «suizos», y los garbanzos
de dos en dos, propiamente
como los del Orden.

—¡Patro!
—No, tonta, si eso es lo lógico,
que te estés acostumbrando,
porque una no tié prencipios,
y mañana, un supongamos,
vas á comer á una mesa
donde haiga gente de rango,
y te expones á mojar
pan en la sopa.
—No tanto.
—Pos miá tu madre. ¡Ay, tu madre!
¡Quién la va á ver alternando,
con esa palabrería
que se trae todos los sábados
pa con tu padre! ¡El delirio!
Sí que va á hacer bien el paso;
vas á tener, lo estoy viendo,
que nombrarla diputado
de la mayoria, pa que
no dispare algún vocablo
y no diga solamente
más que sí ú no.
—Milagros,
no te metas con mi madre,

has el favor; no vayamos,
por asuntos baladises,
por casual, á despeinarnos,
y si el mío se licencia
ú dotora d'abogado,
pa él y pa mí.
—¡Qué graciosa!
¡Mamá, chocolate al pájaro!
Pa mí que tú no le pones
el puchero á ese letrado.
—¿Qué me quiés decir?
—Yo, nada;
que ese te deja saltando
á la comba.
—No te vengas
con chungas, porque t'araño.
—¡Ay, qué pena de carita,
ahora que le estoy gustando
á un albañil de mi calle!
—Esos son los de tu rango.
—Hija, todas no podemos
tener un escudo heráldico
con tres cuarteles, un grillo,
un churro y un estropajo,

como el que usas tú.
—T'azvierto
que escudo no; pero, vamos,
somos, creo, descendientes
de un barón.
—Y yo, ¡pa chasco!
—En fin, cose y no te metas
en mis asuntos privados;
tú con tu albañil, y pata,
y menda con su abogado.
—Cúrate de esos insonios
que tiés, porque son mu malos;
yo con mi albañil, y ole,
que no nos falte trabajo
pa comernos un cocido
con un poquito de... algo,
y tú, prepárate, prenda,
p'hablar con el cura párroco
pa vestir á las imágenes,
porque pa mí que el letrado
te condena á soltería
con costas: ¿he dicho algo?
—Me voy, porque no te quiero
poner encima la mano.

—Anda con Dios, pobre ilusa;
sueñas con un abogado,
y el obrero más humilde
te vendría luego ancho.
¡Cuántas hay como esta pobre,
que sólo viven soñando!

FRUTA DEL TIEMPO

¡Carambita, caramba,
cómo está el patio!...
La morena del cinco,
quiere al del cuatro;
la tapicera
se embandolina el moño
pa el de la tienda;
el sastre del primero
no tiene sastra,
y el hombre, por lo visto,
quiere casaca,
y se ha fijado
en esa chica rubia
del piso bajo;
la señá Marcelina,
la hojalatera,

que la pobre está viuda
desde el noventa,
sin miramientos,
al aprendiz, de un golpe
le ha hecho maestro;
Pepa la modistilla,
no es ni su sombra,
y ni come ni bebe
y está ojerosa,
porque su novio
no cumple su palabra
de matrimonio;
la señá Restituta,
la fiadora,
fía sin intereses
á Paco el *Zoca*;
y ella se fía
de su Paco, y su Paco
quiere á la Elvira;
la Manuela, que dicen
que es una santa,
y es de lo mejorcito
que hay en la casa,
tiene revuelto

con sus coqueterías
al barrio entero;
las cursis del segundo
ya han enganchado
á dos pollos imberbes
que hacen el gasto
por Recoletos,
y las pagan las sillas,
y hasta el sereno;
Paca, la cigarrera,
le hace pitillos
á un muchacho estudiante
y lleva escrito
cada cigarro
un letrero que dice:
«¡Viva mi chato!»
Hasta la muchachita
de la portera,
que va por ahí de corto
y aun gasta trenza,
ya está pensando
en el marinerito
del sotabanco,
que es un niño «bitongo»

que aun dice «tate».
¡Miren cómo se explican
hoy los chavales!
¡Caray, qué críos!
aprenden antes esto
que el Catecismo!
¡Carambita, caramba
cómo está el patio!,
la que no está queriendo,
la andan buscando;
con los calores
por lo visto, se incendian
los corazones.

EL JULIAN Y LA SUSANA

Está la noche que abrasa,
está el barrio que arde en fiestas,
se reparte la alegría
por las humildes viviendas
y canta la gente moza,
suspira la gente vieja
y repican las campanas
de la Paloma, á verbena.
Mezclados entre el bullicio
de la gente verbenera,
van dos viejitos del brazo;
simpática es la pareja,
¡qué recompuesto va él!
¡y qué marchosa va ella
con el pañolón de flecos
y flores á la cabeza!

No se cambia por la moza
de más postín y *bandera.*
Son Julián y la Susana...
¿Ustedes no los recuerdan?...
El es aquel de «¡tiés madre!»
la de los celos es ella;
vienen recordando días
de amores y de pendencias
y celos mal reprimidos,
y dice el viejo á la vieja:
—Susana, Susana mía
de mis quereles, ¿t'acuerdas?...
«miá ese rincón de esa calle,
ahí, donde está esa pareja
amorosa regañando;
también nosotros mi nena,
reñimos más de dos veces
locos de celos, ¿t'acuerdas?...
—¿Y qué conseguimos?
—Nada.
—Míale cómo manotea,
la pobre saca el pañuelo
y llora...
—Si me valiera

me acercaba y les decía:
«No riñáis, que es gran tristeza
perder horas de cariño;
mocito, quiere á tu hembra,
que estos ratos que se pierden
de amar, después se recuerdan.»
. . . . . .
Está la noche que abrasa,
está el barrio que arde en fiestas,
y triunfa la gente moza
que aun no conoce las penas,
y por solitarias calles,
de aquel bullicio se aleja,
con lágrimas en los ojos
y recordando otras épocas,
del brazo de la Susana
Julián el de *La Verbena.*

¡AL AGUA PATOS!

—¡Agárrate, niña, que viene una ola!...
—Mamá, no me azores, y déjame sola.
—¡Que viene! ¡Que viene! ¡Agárrate ya!...
¡Por Dios, hija mía!
—Cállate, mamá.
—¡Qué montaña de agua,
qué exageración!...
—¡Ay, mamá, no llames
tanto la atención!
—¡Ay, por Dios, bañero, agárreme usté!
—No te tengas miedo; yo te agarraré.
—Miste que soy madre de cinco chavales.
—Brasos que me aprietas, me hases cardenales.
—¡Que viene la ola!
¡Virgen del Pilar!
—No te me sujetes.
¡Que me voy á ahogar!

—¡Ay, qué ola tan grande, yo estoy embazada!
—Mamá, no te embaces.
—Se queda una helada.

—Ya pasó el peligro.
—¡Qué consternación!
—Se queda una liia con el chapuzón.
—Fuerza que te tienes,
bocao que me das.
—¡Hijo, son los nervios!
—¡Sujétatelas!
Nervios que no tengas mejor te sería.
—¡Perdone, bañero, que no lo sabía!
—¡Agua que te tomes, salada que te eres!
—¡Miá si lo supieran algunas mujeres!
—Brisas que te tomas
de la mar son sanos;
vente, pues, conmigo,
todos los veranos.
—Vaya un donostiarra más tuno y más tío.
—Dises lo que quieras, yo te será mío.
¿Dónde, pues, habitas?
—Pues en los Madriles.

—¿Qué calle te moras?
—La de Menestriles.

—¿Eres, pues, chulapa?
—Soy chulapa, pues.
—Goya que te disen
del *Lava los piés*,
playa que te ofresco pa lo que te quieras.
—¡No es por ahí! Son tangos en vez de playeras.
—Ay, mamá, que el agua se pone muy fría.
—Espera otra ola, no más, hija mía.
—¿Has visto á la chula
con el *sagordúo?*
¡Qué bien que se bañan
solitos y á dúo!...
—Agáchate, niña, que mira Procopio
desde las casetas, con el *telescopio*.
—¡Déjalo que mire, si me quiere!
—¡Claro!
Pero, ¿y si te toma por un bicho raro?
—¡Deja que me tome!
—¡Jesús, qué inocente!
¡No quiero que mire,
por si se arrepiente!...
—¿Qué nombre de pila se trae el chavea?
—José-Mari Gorri Goitiagorrechea.

—¡Pues sí que es un nombre la mar de precioso
pa que lo prenuncie de prisa un gangoso!
¡Goitiaburriburri!
—José Mari Gorri,
fásil que te dises.
—¡Vaya usté á la *porri*
—¡Mamá!
—¿Qué te pasa?
—¡Que me pica un pez!
—¡Que viene la ola, que viene otra vez!
—¡Ay, mamá!
—¿Qué ocurre?
—¡Que sigue picando!
—¡Si es un sinvergüenza que viene nadando!
¡Jesús, qué conflicto!
si le ve Procopio
por el agujero
de su *telescopio!*
—¡Agárrate, niña, que ya está ahí la ola!
—Mamá, no me azores y déjame sola.
—Por Dios, *Gorribeitia,* agárreme usté.
—No te tengas, miedo, yo te agarraré.
—¡Ya viene!
—¡Ya viene!

—¡Ya va á reventar!
—¡Virgen del Amparo!
—¡Virgen del Pilar!...

. . . . . .

Y allá va la nave, sin remos ni quilla,
allá van los cuatro rodando á la orilla;
la de los Madriles, doña Dorotea,
Soledad y Gorri Goitiagorrechea;
la niña suspira,
la chula se enfada;
doña Dorotea
medio desmayada
y sobre la arena, reclama á Procopio;
Goitiagorrechea, lleno de amor propio,
dice á voz en grito: —Chula, que te agarras
vuelco que te dises.—Y la chula, en jarras,
con aire chulapo,
le dice al bañero:
—¡Usté es un pastiri!
¡Usté es un cobero!
¡Parece mentira que estando usté asido
á una madrileña, se haiga usté caído!

EL REGRESO A LOS MADRILES

(BOCETO DE SAINETE)

La acción se desarrolla en un patio de casa de vecindad de los barrios bajos; es un atardecer; en el patio todo es silencio; dos viejas cosen en el corredor; un zapatero, en el patio, no da paz á la mano clavando tacones; las campanas de la torre de unas monjas vecinas tocan á la oración; las viejas dejan la costura el zapatero se quita las gafas, bosteza y arrincona su obra. Mientras la portera coloca debajo del corredor del patio un farolillo de petróleo, se oye un alegre cascabeleo y el rodar de un coche, que se para á la puerta de la casa, y griterío de gente menuda, que entra diciendo:

—¡Agüela!

—¡Señá Ramona!

—¡Ya están ahí los viajeros!

¡Madre!

—¡Padre!

—Ya han venido.

—¡Señá Pepa!

—¡Señor Pedro!

En el patio, antes silencioso, comienza una gran alegría y algazara; entran hombres, mujeres, niños, gente del pueblo que se fué á San Sebastián aprovechando un tren «botijo»; los muchachos abrazan á sus madres, las mujeres á sus maridos; acuden vecinos y vecinas de la calle, y el patio está como en noche de verbena.

—¿Y qué tal lo habís pasao?
—Igual que un príncipe sueco.
—¡Vaya una *concha*, Faustina!
—Madre, qué güena la encuentro.
¿M'ha cuidao usté bien al pájaro,
á mi esposo y á los tiestos?
—Ya te contaré: tu hombre,
como en sus mejores tiempos;
tú al habla con las sardinas
y él con las merluzas.
—Pero
¿qué me cuenta usté?
—Que hiciste
la gracia de abrirle crédito
en la taberna de Lucas,
y ¿pa qué?
—¡Le pongo al fresco!
¡Yo que le traigo una copa

de nácar con un letrero
que dice *San Sebastien!*
—Pos no se la des, Consuelo,
porque se la bebe.
—Esa
se la come.
—¡Calla!
—¡Al tiempo!...
—¿Adónde está *la Tanguitos?*
—¡Que hable *la Tanguitos!*
—Güeno;
pos hablaré.
—¡Que se callen
esos dos!
—Hija, hay derecho;
después de catorce días
me parece que es correzto
que una pregunte á su hombre
qué tal le salió el puchero.
—¡Que hable *la Tanguitos!*
—¡Que hable!
—Señores: na, que lleguemos,
y la toma de San Sebas
por los gatos madrileños;

se enteraron las sardinas,
y ná, que se sumergieron
en la *mer*.
—¿La *mer* has dicho?
—Claro; la *mer*. No es pa menos;
después de un día en *Bayone*
hay que hablar francés correzto.
—¿Y es verdaz eso que dicen
de que allí hay muchos chalecos?
—Hay más en este distrito.
—Oye, tú: ¿va por mí eso?
—Hija, que te den tarjeta
pa visitar el museo.
—¡Sigue!
—Dejar á la chica.
—Pos na, que lo que sus cuento;
que llegó el tren á las cuatro,
y que á las cuatro entró el fresco
en la capital; lo digo
al tenor de que lleguemos
nosotros, y en seguidita
á pescar vascos sin cepo;
uno me dijo: «*Nescacha*
polita, ya pierdes tiempo

de no quererme». Y le dije:
«No me gustan los de puerto
porque tién muchas espinas;
me espera allí un madrileño,
y no te pongas tú tonto.»
—Anda, y ya se está poniendo.
—¡No azaréis al chico!
—Sigue.
—Me espera allí un madrileño
con una cara mu fea
y unos ojazos mu negros.
—¡Chiquillo, miá que tiés suerte!
—¡Achágale, que es de pueblo!
—En fin, na, que hemos dejao
el pabellón mu bien puesto,
y que Guipúzcoa es hermosa,
y que es mu bonito aquello.
¡Ay!, pero al llegar al puente
de los Franceses mi pecho
se alegró al ver los Madriles
y ya no pude por menos
de gritar y decir: ¡Ole!
¡Ese que se ve es mi pueblo!
—Choca, chico.

—Y yo propongo
que esta noche haiga jaleo
de vino, baile y garata.
—¡Con permiso del casero!

Que es el que dice esto, entrando en el patio, después de haber oído desde su tienda de comestibles de la esquina la alegre algazara.

—¡Canastos, don Isaías!
—¡Don Isaías, el mesmo!
que hace más de media hora
que les está á ustés oyendo.
Mucho de dir de viaje,
y yo sin cobrar un céntimo,
y pague usté al Monecipio,
y á la Hacienda, y venga impuestos.

«La Tanguitos», al oirle, canta con voz exageradamente atiplada el siguiente zortzico:

Desde que nace el día
hasta que muere el sol,
resuena en mis oídos
el eco de tu voz.

TODOS

¡Ay, balancé, balancé,
balancé, la nieve fría!

Vase el casero echando demonios; todos ríen al verlo marchar desesperado, y «la Tanguitos» dice con aire de triunfo al auditorio:

—Señores: siga la juerga,
salgan los mozos flamencos
á marcarse dos jipíos
al compás de los rasgueos
de guitarras; venga cante
hasta morirnos de viejos.
—¿Se pué hablar?
—¡Que hable Juanillo!
—No sé si meteré el remo;
yo, como soy algo corto
y ha venido hoy la Consuelo
de viaje, y yo estoy malo,
y ella, al parecer, tié sueño...
vamos...
—Sí, no digas *mes;*
pos hijo, *morir habemos...*

Aquí hay que esperar pa darle
los güenos días á Febo;
conque choca y te acompaño...
—¿Adónde?
—En el sentimiento.
—Venga vino y alegría,
y venga cante y jaleo,
y ya sabéis el refrán
que dice: *¡De Madrí al cielo!*

TELÓN

¡ESA ES LA VIDA!

—Te sobra la razón, te lo confieso;
no te sientas, mi bien, parlamentaria;
ya sabes tú que yo pesquivo de eso,
¿pa qué voy á llevarte la contraria?
De sobra, y no va más, sé que tú eres
el almíbar colao de las mujeres.
Pero el hombre se debe á sus amigos,
y uno tié que alternar, aunque no quiera,
y á veces con los propios enemigos;
la vida está montá de esa manera:
tanto tiés, tanto vales, mi querida
Robustiana; ya ves, esa es la vida;
y miá tú si la cosa tendrá guasa,
y por estas que soy Lucas Manzano,
que ocurre, á lo mejor, que vas pa casa
y te encuentras, por ahí, con un fulano

que te invita á beber, y tú lo admites,
y por ahí ya prencipian los convites;
que ahora le toca á aquel y que á este luego,
que danos otra, y venga la baraja;
que tú no juegas na; que yo sí juego,
y si el otro se *raja* ú no se *raja;*
eso que yo te digo de *rajarse,*
pa que lo entiendas, es acobardarse;
y uno tié que beber, porque toos beben,
y uno tié que alternar, porque es humano,
y uno tié que deber, porque toos deben,
lo cual que no deshonra á un ciudadano;
yo al menos no lo veo deshonroso:
se pué ser un buen padre y ser tramposo.
—Te estoy oyendo, y, miálas, no tié nombre
lo que haces con los tuyos. ¿No te apenas
de vernos, desalmao; ú no eres hombre,
ú no te corre sangre por las venas?
Tú, por ahí, presumiendo de marchoso,
y tus hijos sin pan, ¡es horroroso!
Tú, por ahí, presumiendo de bonito
con alguna inocente chavalilla,
y luciendo tu labia y tu palmito,
y, mientras, tu mujer en su boardilla

educando á tus pobres chiquitines
al par que remendando calcetines,
y cubriendo sus carnes con harapos
y ganándome el pan pa mis hijitos,
y arreglando á los tres con cuatro trapos
pa que vayan los pobres mu limpitos,
y, mientras, el papá con pretensiones,
dándoselas por ahí de Romanones,
y gastando la miaja del dinero,
y jugándose al mus too lo jugable,
mientras que en su cocina está el puchero
en la convalecencia, y duro al *sable*,
y venga de buscar á la Isidora,
que es amiga á la par que fiadora.
Dime tú: ¿no te causa sentimiento
ver á tus hijos solos con su madre,
y que tié que llegar cualquier momento
en que me digan: «Madre, ¿quién es padre?»
Y si (no quiera Dios) llega ese día,
yo les responderé: «¡Don Luis Mejía!»
Yo estoy avergonzá, te lo repito:
ya nos tomas á guasa; no haces caso,
y la gente fisgona del distrito
me señala y me dice cuando paso:

«Ahí tenéis á la esposa de su esposo,
á la mujer de Lucas *el Hermoso.*»
—Mu bien hablao, mujer; si alguien te oyera
te daba un par de aplausos en seguida;
pero el mundo está así, de esta manera,
y uno tié que alternar, esa es la vida.
—Pos reniego dende ahora de mi suerte;
si esa es la vida, venga ya la muerte.

EN EL CAFETIN

—Vamos, chica, toma un churro,
y déjate de pamplinas,
y vente ya p'al terreno
del querer, que es lo que priva.
¿Quiés buñuelos? Que te saquen
buñuelos; lo que tú pidas.
¿Quiés nata p'al moka? Pide.
¡A ver: una cucharilla
y diez de nata, y quincito
de especial colao, *Gorila*,
y sírvelo con bandeja,
que es pa una dama ofendida!
Esa eres tú.
—¡Dios te ampare!
—Pero ¿qué te pasa, prima?
—Que no soy güena me pasa;

que te veo y me desquicias;
que estoy corriendo los pasos
pa casarme con *el Tripas*,
con el *truchó* en casa, y llegas,
y me paras, y me invitas,
y me pongo mitológica,
y como á una borreguita
me traes al café del *Tuerto*,
donde él es clase, y yo, lila,
jugándome por tu culpa
una entrá pa la Latina
(Casa de Socorro de);
te digo que estoy rendida,
te digo que yo te dejo,
que huele á fresno.
—Tú, niña,
has los honores al churro
y al recuelo, no se diga
que Carmen *la Clavelitos*
ha dejao de ser castiza
por temor á un cabayero,
que es talmente una quisquilla;
¿oye, tú, por un casual
te le han dao en la dotrina?

—Es procedente de un saldo;
qué cosas tiés, *Lechuguita*.
—Pa mí que ese cabayero
te ha tocao en una rifa.
—¡Y duro con el retoque,
y dale con la varita!
¡Déjalo, que ya está güeno!
¿Ú es que te roe la envidia?
—¿Quién fué el primero en el mundo
que te sacó á las miajillas
el rubor?
—Tú.
—Pos entonces,
¿por qué me dejas, indina?
—Porque es hombre establecido.
—Y yo, en cuanto me lo exijas,
voy y pongo un limpiabotas
en el Polo Norte.
—Mira:
paga y vámonos, no venga.
—No te emociones, mi vida,
que han dao las tres en las monjas
y ya pronto viene el día;
anda con otro sorbito,

ladrona, que me pesquivas.
—Te advierto que arrea estopa
el *musiú*.
—Claro, y mi tía
cogiendo peces con chanclas.
¡Qué cosas tiés; tú deliras!
¿No sabes tú que yo vendo
golpes á cinco la libra?
—Te da ventaja.
—Pero oye:
¿Ese es don Pelayo, niña?
—Si empiezas con los sudónimos
me ausento.
—Tú me dedicas
este ratito, ó te instalo,
por incorreta y *supita*,
la calefacción por leña.
—¡Sea!
—Y te advierto, mi vida,
que el de la boda contigo
será quien por ti suspira;
será, porque debe serlo,
el nieto de mi agüelita.
—Pero, chico, ¿qué me cuentas?

—Lo que estás oyendo, chica.
—Pero si ya nos han dicho
los dichos.
—Calla, tolila;
conmigo no te dijeron
ni *parol*, y fuiste mía;
además heredo.
—¿Sipi?
—Pero que de mi madrina.
—¿Cuánto?...
—¿Qué dices?
—Que cuánto
te quiero; tú me inoticias.
—Y tú te has hecho ya el ama
de mi cédula.
—¡Mentira!
—¡Pamplinosa!
—¡Pamplinoso!
—¿Me camelas?
—¡Con fatigas!
—Dímelo con los ojillos.
—¿Así, entornaos?...
—¡Asesina!...
Vamos; apura el recuelo,

que está clareando el día.
—¿Y el *truchó*?
—Le hipotecamos.
—Y á él, ¿qué le digo?
—Naíta.
—Y tú, ¿qué?
—Yo, á manejar
lo que tú ganes, so prima.
—¡Miá que tiro un porvenir!
—¡Ese es el que *muá* te brinda!

¡LA MORUCHA AQUELLA!

Ayer vi á la Filo
con cuatro chaveas,
que son cuatro hormigas
de las más pequeñas;
la dije: —Muchacha,
¿y qué vida llevas?
Porque miá que te encuentro, chiquilla,
que ni sombra eres ya de lo que eras.
¿Dónde está la morucha de entonces?
¿Dónde está la mocita flamenca
que traía á los mozos del barrio
alelaos con su cara morena?
¿Dónde está la chavala castiza
que, en las noches de estío y verbenas,
alegraba las calles del barrio
con su empaque gentil de real hembra?

¿Dónde está la morucha graciosa?
¿Dónde está la gachí pinturera?—
Suspiró la pobre,
s'atusó las greñas,
y me dijo: —Paco,
las cosas cambean;
harta ya de escucharos á todos
los del barrio palabras fuleras,
y de no encontrar uno d'aquellos
que m'hablara de dir á la iglesia,
á pesar de traer á los mozos
alelaos con mi cara morena,
al salir del taller una noche,
y en mitad de una horrible tormenta,
s'acercó un muchachito de blusa
y me dijo: «Perdone, maestra;
pero tengo pa usté mi paraguas,
que, aunque no es propiamente de seda,
pué que sirva lo mismo p'al caso
de cubrirla unas miajas, si acepta.»
En esto dió un trueno;
yo quedé perpleja;
santiguóse el mozo,
y algo más repuesta

de aquel susto, le dije: «¿Fué en broma?»,
y el pollito repuso: «Mi reina,
me santiguo al mirar esa cara
que es de Virgen»... Cesó la tormenta,
y miramos los dos hacia el cielo,
que ya estaba llenito de estrellas,
y me dijo: «A pesar de haber muchas,
faltan dos pa que estén toas completas.»
Yo, claro, en seguida,
cogí la indirezta,
y, vamos, que el chico
me gustó de veras...
Y, total, pa Setiembre seis años
que le echaron cadena perpetua
á mi lao, y que excuso decirte
el Señor no nos ha dao riquezas;
pero, en cambio, nos da ca modrego
que es talmente un destroza libretas.
Yo he criao á mis cuatro lebreies,
que, á Dios gracias, han sío unas fieras
pa tragar, porque aquí está el pequeño
que una alhaja mejor no la encuentras,
y que tira que da gloria verle:
así estoy, consumía y anémica;

yo, á zurcir toa la ropa del mío,
que con eso ya tengo tarea;
yo, á arreglar al mayor y al mediano,
y á la chica pa dir á la escuela;
yo á lavar los pañales del peque;
yo á la compra con una aritmética,
porque vamos á ver lo que compras
en Madrid por un par de pesetas;
yo, que llega un domingo y los pongo
á los cuatro de pies á cabeza
como cuatro copitos de nieve,
porque en casa no pidas grandezas,
pero pide jabón y estropajos
si te place, que allí están por gruesas;
yo que «¡Madre, que m'ha pegao este!»
yo que «¡Madre, que di que fué ella!»
yo que «¡Chicos, que voy á mataros!»
Vamos, hombre, te digo c'aterra;
si después de este «vals de las olas»
quiés que esté rozagante y esbelta,
y que esté tan vistosa y pulía,
y que esté tan chavala y flamenca,
di conmigo que quiés cosas raras,
ú que al olmo le quiés pedir peras.

—Y tú, ¿qué?—la dije.
—Pos yo, tan contenta,
llevando la vida
con mucha paciencia;
el mío es mu güeno,
mis cuatro chaveas
son cuatro demonios,
me dan mucha guerra
y me ponen, vamos...
que... ¡benditos sean!...
En fin, de la vida
yo no tengo queja,
aunque pa mí siempre
siga la tormenta,
y aunque más que entonces
vea las estrellas
sin que falte ni una,
porque están completas;
pero, al fin, los míos
son los que me alegran;
mis peques, mi hombre,
hoy mi vida es esta;
la otra es una vida
que pasa ligera,

y me voy corriendo
—me dijo.—Dispensa;
el chaval no entiende
de algunas finezas,
y voy á cambiarle,
pero á la carrera,
de bragas... Lo dicho,
la verdad es esta,
lo demás pamplinas
na más de poetas:
la casa y los hijos...—
Y dió media vuelta
chillándole al peque
la morucha aquella,
la de más tronío,
la de más bandera
de las chavalillas
que hubo en las Peñuelas.

APERTURA DEL CURSO

EL PREPARATORIO

—Anda con ella, Pilóñez.
—¡Que me va á ver mi papá!
—Mira que es una chiquilla
de buten.
—Es que además
tengo que ir á clase.
—Vamos,
no te acuerdes de estudiar.
—Y luego me ponen falta,
y me expulsan.
—¡Anda ya!,
que la chiquilla te mira
y está por tí.

—Es que además
me da reparo.
—No importa.
—¡A ver si me van á dar
un golpe por atrevido!
—Anda que yo voy detrás.
—Pero, ¿y la clase?
—La clase
es una cosa vulgar.
—¿Y qué la digo?
—La dices:
«¡Vaya una moza juncal!...»
—¿Y si me llama frescales?
—Eso es por disimular;
tú no te cortes, chiquillo,
y anda con ella.
—Allá va.

.....

—Buenos días.
—Buenos días.
—Dispense la libertad:
¿quiere usted que la acompañe?
—¡Qué fresquito es el galán!
—Perdone, si la he faltado.

—A usté le he visto yo ya
en una confitería
hace tiempo, en el final
de un ramillete de dulce
con una guirnalda.
—¡Quiá,
no, señora! Si hace poco
que he venido aquí á estudiar
de la provincia de Soria.
—Se ve que es usté de allá
por lo finolis, pollito;
haga el favor de ahuecar,
que hay relente.
—¿Cómo dice?
—Que aquel que viene p'acá
es el que me da pa chufas;
mi padre.
—¡Qué atrocidad!
Perdone la joven.
—Oiga:
no se turbe usté, chaval.
—Es que me he puesto nerviudo...
nervioso... Ya no sé hablar.
Adiós, joven.

—Adiós, pollo.
¡Es un pipi el colegial!
. . . . . .
—¿Qué te ha dicho la mocita?
—Que venía su papá,
y que yo me voy á clase
porque no quiero faltar.
—Oye, ven.
—Quita, no quiero;
de mí no se ríen más.

EL DOCTORADO

—Por ahí viene una morena
que pasa todos los días
por la Central.
—¡Buena moza!
—Pues, chico, no hay quien la diga,
¡carrasclás!
—¡Ya será menos!
—Te digo que es una chica

que en cuanto ve á un estudiante
ve al demonio.
—¡Pobrecilla!
Pues yo voy á darla un susto.
—Y yo te espero en la esquina
para entrar juntos en clase.
—Espérame á la salida.
—¿Tampoco vas hoy?
—Tampoco;
la morena me hipnotiza.
—¡Pues duro con la morena,
que vale más!
—Que lo digas.
. . . . . .
—Vaya usté con Dios, seriosa;
¿es usté de la familia
de ese Emperador romano
llamado Nerón?... ¿No habría
forma de que yo tuviera
la satisfacción de oirla?...
¿Pero no va á poder ser
que una joven tan bonita
y que tan bien taconea,
no dedique una sonrisa

á un infeliz estudiante
que la tiene simpatías?
Esto creo que es ponerse
en razón, ¿no es verdad, niña?...
Contésteme, que yo creo
que hablo con ortografía;
además, que va pagada
la contestación.
—¡Qué risa!
—Así me place á usted verla;
así está usted más bonita.
—Miá que tié usté guasarapa.
—Sí que es chulona la *nincha;*
pos miste: á mi Justiniano
me importa una lentejita,
porque *pa marcarme* un *schotis*
con *ustè*, en la *Costanilla*,
ni hacen falta las «pandectas»
ni hacen falta las «partidas»;
conque dígame la dama...
—Sí, pero no tan cerquita.
—Es que soy muy friolero
y busco la calor, niña;
hoy, cuando salga la joven

del taller, mi personita
la espera con un volante
de buena conducta, y mira
usted el volante, y luego
usted juzgará, mocita...
¿Hace á las ocho?
—A las ocho.
—¿Pero irá usted decidida
á quererme?
—Según sea
el volantito.
—¡Castiza!
¡Ya veremos si eso es cierto!
—¡Ya veremos si eso es filfa!
.....
—¿Qué tal ese pleito, chico?
—Ganado y sin costas, ¡mía!
A un socio del doctorado
no se le va una modista.

LA VIEJECITA

Al sol, en la Ronda,
las tardes se pasa,
y á la que se pone
el Sol, nunca falta
quien, cogida al brazo,
la lleve á su casa,
que se la disputan
todas la muchachas;
porque es la abuelita
muy buena y muy santa.
Cumplió los ochenta,
y aun cose, y aun lava,
y aun brillan sus ojos,
y aun ríe su cara;
va tan retelimpia,
tan retepeinada,

con su moño blanco
que es como de plata.
—¿Qué tal, señá Eugenia?
¿Qué tal va esa danza
del pícaro mundo?
¿Qué tal va esa farsa
de pobres y ricos
que se despedazan?—
la dicen, y al punto
replica la anciana:
—Los pícaros años
conmigo ya acaban;
el Sol es el güeno,
la noche es la mala;
¡qué obscura, qué fría,
qué triste, qué larga!...
El Sol es el güeno,
reanima mi alma,
y á la luz del día
me siento chavala;
se alegran mis ojos,
y cuando me sacan
al sol en la Ronda,
lo paso animada

oyendo á las chicas
que ríen y charlan,
y escucho á las viejas
que miran con rabia
el bullir alegre
de aquellas muchachas;
de too se cretica,
de too se hacen cábalas;
de que si Fulano,
de que si Mengana;
componemos mundos,
arreglamos casas;
á la luz del dia
me siento chavala,
pero me entumezgo
cuando el día acaba,
y á la que anochece
prencipian mis ansias,
porque yo no duermo,
y ocurre que pasa
que veo visiones
y cosas mu raras;
repaso mi vida,
sin dejarme nada;

parece increíble
que vida tan larga
pase en una noche
como por mí pasa.
¡Juventud alegre!
¡Juventud preciada!...
Entonces, en sueños
la noche pasaba:
soñando ilusiones,
soñando esperanzas.

. . . . . .

He llorado tanto,
que no tengo lágrimas;
hoy ya ven mis ojos
la vida nublada.
Los pícaros años
conmigo ya acaban:
el Sol es el güeno,
la noche es la mala:
¡qué obscura, qué fría,
qué triste, qué larga!...

LA MUSA DEL COPLERO (1)

Hoy la musa del coplero
está vestida de gala;
amás viose tan compuesta,
tan lucida y tan galana.
Comenzó, como una novia,
antes de rayar el alba,
á rebuscar los trapitos
mejores que hay en sus arcas
y á engalanarse su cuerpo
con atavíos de maja.
¿Dónde camina mi musa,
tan gentil y tan gallarda?
¿Dónde va tan recompuesta?

(1) Poesía leída el 15 de Diciembre de 1912, á orillas del Manzanares, donde majos y compañeros, Dios se le premie, me festejaron con un banquete.

¿Dónde va tan repeinada,
con su mantilla de blonda
y sus claveles de grana,
y aljófares y corales
adornando su garganta?...
¿Dónde va mi madrileña
tan llenita de esperanzas,
que así pregonan sus ojos
el regocijo en su alma?
Va á orillas del Manzanares,
donde su pueblo la aclama,
sin saber por qué motivos
é ignorando por qué causas;
quizá por buena y humilde,
quizá porque cuando canta
al pueblo de sus amores
llevan pasión sus tonadas.
Y pues aquí la llamaron,
aquí, á la ribera, baja
hecha una moza de rumbo;
pero un tanto avergonzada
de haber sido la causante
de esta alegre cuchipanda,
y encuéntrase medrosilla,

que, aunque es mucha su arrogancia,
mucha es también la modestia
de la musa festejada,
que rinde culto á otras musas
de cantores de más fama.

....

Hoy la musa del coplero
está vestida de gala;
jamás vióse tan compuesta,
tan pulida y tan galana;
llora y ríe de entusiasmo,
y agradeciendo en el alma
tanto honor inmerecido,
vuélvese alegre mi maja
á sus Madriles, cantando
al sonar de las guitarras:
Aunque soy una fea
de las mayores,
aun me ven y me paran
y me echan flores.
¡Bendito sea
el que tiene un requiebro
para una fea!

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

—¿Son ustedes los mismos de otros años?
—Los mismos, sí, señor.
—Enhorabuena:
por lo visto, han cobrado gran aprecio
á la Comisaría.
—Me es afezta,
y la he cobrao cariño, francamente,
por cobrar algo, pues de diez pesetas
que llevaba jugás de lotería,
no he podido cobrar ni una centena,
y ustez perdone el chiste.
—Perdonado.
Conque, vamos á ver, linda pareja,
¿por qué ha sido este año la disputa?
¿Qué motivó entre ustedes la reyerta?
—Como el año pasao, por cosas de éste.

—Como el antipasao, por cosas de ésta.
—Tú, que me tratas como á mueble viejo.
—Tú, que me pones cara de pantera.
—Tú, que no cumples como buen marido.
—Tú, que no cumples como esposa tierna
—¡Tururú! Se acabó lo que se daba,
y menos discusión; vamos á cuentas...
—Pues miste, que tenemos la costumbre
de dirnos á cenar en Nochebuena...
—No siga usted; á casa de Botín...
—Justamente, señor, y como á ésta...
—Ya lo sé; que el besugo al ajo arriero
es lo que más la place y la deleita...
—¿Quién se lo ha dicho á ustez?
—Siga el amigo.
—Sacaron el pescao de referencia,
que estaba superior, entrepariéntesis;
se mojó en el caldillo una libreta...
—Y se tragó una espina...
—Cabalito;
ustez lo sabe too; pues bien, al verla
que se me ahogaba, porque se me ahogaba,
yo me puse lo mismo que la cera;
la daba vino, y ná; la dí Lozoya,

y al ver el agua se sintió colérica...
—Y á los esfuerzos arrojó la espina.
—Sí, señor, la arrojó.
—Claro, por fuerza.
estaba escrito.
—No lo tome á chunga.
—El comisario nunca se chunguea;
dije que estaba escrito, y aquí consta
desde el año pasado, y en tal fecha.
¿Es cierto?
—Sí, señor, aquí vinimos
por una cosa parecida á esta.
—Bueno; prosiga usted.
—Pues pasó el susto,
que fué grande.
—Ya sé, y como se queda
nerviosa...
—Pero ¿ustez es el horóscopo?
—Soy su primo.
—¡Chavó, si too lo acierta!
—Al asunto.
—¿Pa qué gastar saliva,
si lo sabe ustez too? ¡Pues güeno fuera!
—Sí, señor, lo sé todo; que salieron

ustedes de Botín; que aquí, la Eugenia,
que, si mal no recuerdo, ese es su nombre...
—Sí, señor, y Ramírez Zubiarreta.
¡Camará, qué memoria! Me supongo
que no sabrá ustez ná de una friolera
que le debo al casero...
—No interrumpa.
Pues, sí, señor, lo sé: que salió ella.
Que, indignada, maldijo del besugo
y de la hora fatídica y funesta
que usted la conoció; que usted bramaba
contemplando el importe de la cuenta;
que pasaron por junto á su señora
cuatro ó seis con tambores y de *juerga*,
que la miraron, que siguieron ellos,
que usted, celoso, la pedía cuentas;
que su esposa seguía renegando
del besugo y de usted; que su paciencia
se iba acabando ya, y con el garrote
la zumbó usted al punto la pandera.
—Pues perdone el amigo comisario,
que no acierta del todo en la contienda:
es verdad que hubo palos y hubo golpes,
pero esos golpes me los dió á mí ella.

Tóqueme ustez aquí, y ustez dispense,
y verá cómo tengo la cabeza.
—¡Doce chichones! ¿Cómo ha sido eso?
—Con el garrote azjunto.
—¿Y cómo Eugenia
se le ha atrevido á usted, siendo usted siempre
el encargado de largarla leña?...
—¡Qué quiere ustez, señor, cosas que pasan!
¿Qué lo vamos á hacer?... Tendré pacencia.
Como vivimos á la moda, es claro,
el fiminismo, que es la moda, impera;
conque ya sabe ustez que en adelante
el hombre paga y la mujer nos pega.

NOCHEBUENA, Y SIN CENAR

ESCENA DE SAINETE

POLONIA, *mujer del pueblo, con el mantón terciado y desgreñada, va tocando un pandero de grandes dimensiones;* CELIPE, *su marido, hombre alegre y bullidor, maneja la zambomba con gran maestría;* PEPÍN, *hijo de ambos, redobla en un tambor desesperadamente;* VEDRINES, *el perro, va detrás de la alegre familia; en clase de canino, es este animal un distinguido pensador. Sólo falta el gato, que no ha tenido á bien de acompañar á su gente porque está «chaleta perdío» por una morronga de la vecindad; ¡todo lo vence el amor! Tan pintoresca familia no ha cenado, y para entretener el hambre va recorriendo el barrio cantándoles coplas á todos sus conocimientos, que, agradecidos, los obsequian; es la única forma de comer y beber en noche tan señalada. Ahora le toca al tendero de la esquina, que está para muy pocas bromas, pues se le dió mal el día. Páranse á la puerta del* SEÑOR JOAQUÍN, *que así se llama el tendero, y canta* CELIPE:

Tengo que echar una copla
por encima de un barril
pa que Dios le dé salú
á ese que llaman Joaquín.

TODOS Dale, dale, dale,
venga, venga, venga,
y borra esos picos
de aceite y lentejas.

(Dejan de tocar.)

POLONIA Oye, pos no s'ha enterao.

CELIPE Eso creo yo, Polonia;
vamos, chico, no te duermas;
costilla, canta tú otra.

POLONIA *(Cantando al son del pandero.)*
A ese que llaman Joaquín
y á su esposa, que son dos,
que vendan muchos garbanzos
es lo que los deseo yo.

TODOS Anda, dile que entre,
se calentará,
porque corre un *grise*
que nos va á merar.

(Dejan de tocar; el chico duerme, y Vedrines filosofa.)

CELIPE Oye: ¿le debes tú algo
á ese industrial que s'amosca
y se hace el niño demente,
y no convida á una copa?...

POLONIA Hombre, sí; como deberle,
le debemos muchas cosas;
pero creo que no es óbice
pa que al escuchar la copla
abra y nos invite á media
d'anís.

CELIPE Pos verás tú ahora;
á mí no m'hace un desprecio
un sabañón; ¡venga otra!
(Canta muy destempladamente.)
Esta copla que yo canto
se la canto con salero
á este gachó, que en un kilo
suele robar kilo y medio.

TODOS Ande, ande, ande
la marimorena;
este es un bandido
de Sierra Morena.

(Al terminar la copla, se abre la tienda y sale el señor Joaquín, iracundo.)

JOAQUÍN ¿Quién ha dicho que yo robo?
CELIPE ¡Felices Pascuas!
JOAQUÍN ¿Quién osa
venir á turbar el sueño
á quien no está para bromas?
POLONIA Usted perdone, don blusa;
pero es que una serviora
tuvo la galantería
de dedicarle una copla.
JOAQUÍN Más vale que me dedique
lo que me debe.
CELIPE Pero, oiga,
¿es que va usté aquí á sacarnos
á relucir ciertas cosas
en una noche como esta
de alegría y chirigota?
Vamos, á usted, por lo visto,
se le ha subido á la chola
la mojama.
JOAQUÍN Más le vale
no tomar la vida á broma.
CELIPE ¡Ay, qué gracioso es el nene!
¿Oyes esto tú, Polonia?
¿De modo que encima que uno

vive de misericordia,
y uno tié pa repudrirse
si uno pensara en sus cosas,
quié usté que uno s'arrincone,
y que á uno le dé llorosa?...
Permita, don abadejo,
que le toque la zambomba;
alegría y venga vino,
y una copla y otra copla;
dale, muchacha, al pandero
y tú, al tambor, *chupaescorza,*
que esta noche es Nochegüena
y están las penas mu hondas
pa pensar en las penitas
en una noche de broma.
Siga ya la caravana,
y déjese de retóricas,
y viva usté entre los fardos,
y que la ambición le roa,
y nosotros por el mundo,
alegres, cantando coplas,
y así entretener el hambre,
señor; que la vida es corta;
dale, muchacha, al pandero,

y tú, al tambor, *chupaescorza*,
y si hay penas, que las haiga,
con alegrías se ahogan.
(Celipe canta desenfrenadamente.)
«Esta noche es Nochegüena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me quiero emborrachar.»
Viva la alegría,
abajo las penas,
dale, dale al parche,
que hoy es Nochegüena.

El matrimonio se va, cantando alegremente; el chico va detrás, medio adormilado, y el perro, á una honesta distancia, por si acaso le dan el aguinaldo. Al amanecer, y enronquecidos de tanto cantar, camino de su casa, va la popular familia, orgullosa de haber rendido culto á la Nochebuena; ya no tienen alientos para gritar; la zambomba no suena; el pandero está hecho girones; el chico, cogido al mantón de su madre, va dormido; ya no cantan, ya no ríen: venció el cansancio á la alegría, y el perro quizá cante para sus adentros la siguiente copla:

«La Nochegüena se viene,
la Nochegüena se va,
y nosotros no comemos,
pero reímos la mar.»

TELÓN

LA BOHARDILLA

Este libro tiene como casa de abolengo y rancio solar, una entrada digna de su alta tradición. Llégase á la clara alegría de sus páginas por un prólogo de D. Benito Pérez Galdós. Puerta es de alcázar, de las que labraron artífices insignes, arrancando de dura berroqueña las maravillas de su arte. Zaguán es de palacio, grande como sus fundadores, bello como los breves pies que pisaron sus losas durante siglos.

Yo soy el vecino de la bohardilla.

Aquí, al final de la casa, llena de luz y de vida popular, está mi sitio. Yo tengo la fortuna de pasar primero por el nobilísimo portalón, y dar en seguida en el patio hecho de oro todo él, por la bendición del sol. El cielo, este cielo único de Madrid, extiéndese allá arriba como una enorme turquesa.

Y la casa, esa casa madrileña, que es el libro de este poeta sin par que se llama Antonio Casero, tan madrileño y tan poeta, me va mostrando los aposentos de sus páginas. El alma, el sentir de nuestro pueblo, lleno de corazón y de bondad, adornado con las flores de un ingenio espontáneo y peregrino.

Por eso es Casero tan singular poeta, porque la voz del pueblo es la suya. Por ello LA MUSA DE LOS MADRILES gusta de decirle al oído tantas cosas. Ahí está ella, con su mantilla de blonda y su alta peineta de carey, el corpiño de terciopelo y la basquiña

de sarga, levantada sobre el gracioso guardapié. Pónese ante el rostro un abanico y asoma sobre su varillaje los puñales de sus ojos negros y socarrones. Es que se tapa la boca para disimular una risa, un donaire, quizás la frase preliminar de alguna *fresca* que piensa plantarle al lucero del alba, si el astro matinal es en aquel momento su interlocutor.

La musa madrileña que viene de los sotos del Manzanares desgranando una seguidilla entre sus labios, no tiene secretos para Antonio Casero y le cuenta todo lo que siente. Parecerá burlona, zaragatera, suelta de modales y de lenguaje, lo que se quiera. Ella ha nacido así y no sabe engañar á nadie. Pero á nadie cede en saber sentir y nadie como ella tiene bajo el gracejo ó la crudeza de sus palabras tan grande tesoro de ternura.

Ya habéis recorrido todo el libro, ya habéis reído ó llorado con todos

los varios elementos de su policroma vecindad. Ahora llegáis aquí, á lo último, á esta humilde bohardilla, en cuya ventana hay macetas de la albahaca fragante y tiestos de claveles reventones. ¿Qué os puedo decir yo? Solo una cosa, y esa de fijo que ya la váis á hacer sin que yo os lo diga.

Que recorráis otra vez cuarto por cuarto, es decir, hoja por hoja, este libro que es como una casa donde vive, donde palpita el alma de Madrid, por obra y gracia, de ese majo poeta mimado de LA MUSA DE LOS MADRILES, que es Antonio Casero.

PEDRO DE RÉPIDE

Madrid, Enero 1914.

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
Mi musa	1
El primer jornal	7
Un chalao	11
¡Maldito sábado!	15
A mis maestros	25
Los Reyes Magos	31
¡Hasta los gatos!	37
Pólvora en salvas	41
La eterna máscara	47
El primer requiebro	51
¡La vida es corta!	55
«El tuesten»	59
Los calzones del chaval	65
A la puerta de la iglesia	69
Un consejo	73
Modelo de familia	77
El amor y el estropajo	81
Reconciliación	87
La chavalilla	95
Una visita	99
En el tranvía	105
Un marchoso	113
La canalla	119

Págs.

La primavera..... 127
Dichosa semanita..... 131
En plena primavera..... 135
¡Cómo ibas!..... 141
La Cruz de Mayo..... 145
Chamberileras..... 151
El hogar deshecho..... 155
Grillos y grullas..... 159
La madrecita..... 163
En el tranvía especial..... 167
La vela del santo..... 173
Entre modistas..... 179
Fruta del tiempo..... 185
El Julián y la Susana..... 189
¡Al agua, patos!..... 193
El regreso á los Madriles..... 199
¡Esa es la vida!..... 205
En el cafetín..... 211
¡La morucha aquella!..... 215
Apertura del curso..... 223
La viejecita..... 231
La musa del coplero..... 235
La fuerza de la costumbre..... 239
Nochebuena y sin cenar..... 245
La bohardilla, de Pedro de Répide..... 253

Esta obra
ha sido impresa en Madrid en el
Establecimiento tipográfico
de Regino Velasco
en el mes de Febrero
del año
MCMXIV

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La gente del bronce, poesías. (Agotada.) Prólogo de José López Silva.

Los gatos, poesías madrileñas. Prólogo de Jacinto Octavio Picón y epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

Los Castizos, poesías madrileñas. Prólogo de Mariano de Cavia y epílogo de Carlos Arniches.

El pueblo de los majos, poesías madrileñas. Prólogo de Jacinto Benavente y epílogo de Alejandro Larrubiera.

La musa de los Madriles, poesías madrileñas. Prólogo de Benito Pérez Galdós y epílogo de Pedro de Répide.

TEATRALES

Madrileñerías.
El 1900.
La lista oficial.
La gente del pueblo.
La gente alegre.
Los botijistas.
El querer de la Pepa.
El sábado de Gloria.

La Celosa.
El Dios Éxito.
La boda.
La procesión del Corpus.
Romeo y Julieta.
La cuarta del primero.
Los charros.
Cosas de chicos.
La primera verbena.
Feúcha.
.... y no es noche de dormir.
El iluso Cañizares.
La regadera.
El porvenir del niño.
El merendero de la Alegría.
¡El miserable puchero!
El sueño es vida.
Los holgazanes.
Música popular.
El rey de la casa.
La familia de la Sole ó el casado casa quiera.
Las cacatúas.
Las mocitas del barrio
La catástrofe de Burgos.

This book is due two weeks from the last date stamped below, and if not returned or renewed at or before that time a fine of five cents a day will be incurred.

OCT - 4 1929		

COLUMBIA UNIVERSITY
0032151020

86C268 L2

Casero y Barranco

86C268 L2

OCT 2 1929